

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

Editorial ALFA

• Diana BARRYMORE • Louise ALLBRITTON • Robert PAIGE •



Matrimonio de inconveniencia





**MATRIMONIO
DE
INCONVENIENCIA**

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 284 - Teléfono 70637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 797 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Tormes, 4, Madrid

EDITORIAL
AS



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA

Nº 119, 86

AÑO XIX

NÚM. 305

Matrimonio de inconveniencia

Hay un viejo adagio francés que dice:
«Ni el hecho de tener un violin convierte a un hombre
en músico, ni el de tener un marido convierte a una
mujer en esposa; una mujer no es verdadera es-
posa hasta que no ha aprendido lo que el
matrimonio significa.» Esto es que lo
que le ocurrió a Tig Callahan en
su boda con Hank Dunn, lle-
gando casi a dar al traste
con la felicidad de
los dos.

EXCLUSIVA



E. B. FILMS

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Tig Callahan . . . Louise Albritton

Hank Dunn . . . Robert Paige

Eva Star . . . Diana Barimore

Cris Mac Celland . . . Walter Abel

con Rex Ingram, Ernest Truex, Alan Dinehart,
Walter Catlett, Richard Jane y Sam. S. Hins.

Director:

Charles Lamont

Matrimonio de inconveniencia

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

VIRGINIA

EL rústico carricoche se detuvo ante la puerta de la casita que un cartel anunciaba como residencia del juez de paz señor Abner Towne. El cálido sol de Virginia sonreía a la joven pareja que de él descendió para cruzar el jardincito que rodeaba la vivienda del juez y hacer sonar la campanilla. En todo su aspecto se evidenciaba su condición de prometidos a punto de contraer matrimonio. Ella, alta, rubia, extremadamente bella, era Tig Callahan, conocida ayudante de dirección en un famoso teatro neoyorquino. El, Hank Dunn, atlético y viril, mostraba en su porte ese sello inconfundible que presta la continua práctica de los de-

portes al aire libre. Se abrió la puerta y cogidos del brazo, atravesaron el umbral.

♦♦

—En virtud de las atribuciones que me conceden las leyes de Virginia —dijo el juez cerrando su libro al terminar la ceremonia—, os declaro marido y mujer. Sin embargo —continuó—, esto que se ha celebrado aquí no es un matrimonio.

Al oír estas palabras, los jóvenes interrumpieron el beso con que sellaban su enlace, mirándole con asombro.

—¿Qué no es un matrimonio? —preguntó Tig.

—En realidad, no. Un matri-

monio no se realiza en cinco minutos; se precisa para afirmarlo toda una vida. Yo celebro la ceremonia, pero depende de ustedes que signifique una obra hermosa —levantándose siguió diciendo—. Supongo que cogerán el primer tren para Nueva York.

—De ningún modo —contradijo Hank—. Mañana mismo salimos en viaje de bodas para Indiana. Es una tradición familiar: todos los miembros varones del Dunn Clan llevan a sus esposas a conocer el viejo hogar. Se reúnen todos los parientes y organizan una fiesta. El amor a la familia ante todo.

—Es una bonita tradición —declaró Tig.

El juez los acompañó hasta la puerta.

—Les deseo mucha felicidad en su matrimonio —dijo despidiéndoles—, no es difícil, basta con que sepan perdonarse mutuamente hasta que la muerte los separe.

—Gracias, señor, no lo olvidaremos.



Hank Dunn, había nacido en Indiana, en el seno de una antigua familia campesina. Su infan-

cia transcurrió entre montes, praderas y espacios abiertos, aprendiendo a montar briosos caballos que aun conservaban el sello de su reciente salvajismo. Asistió a la escuela del pueblo, atendido por una joven maestra, manifestando en sus primeros estudios tal aprovechamiento que su padre decidió enviarlo a la Universidad de Indianápolis, capital del Estado y ciudad industrial de unos 315.000 habitantes. En ella, ya muchacho, hizo los posibles para conseguir una licenciatura y no defraudar la aspiración de su padre que descollase por su cultura por encima de todos los jóvenes de la pequeña población, que era como un feudo de los Dunn. Pero el cultivo de su inteligencia no le seducía y cuando tuvo edad suficiente para conducirse, según su criterio, abandonó la Universidad y se trasladó a Nueva York donde, tras unos años de lucha, consiguió fundar, en sociedad con un amigo apellidado Trazy, una agencia de publicidad que pronto se convirtió en un próspero negocio.

Aquel verano había decidido otorgarse unas vacaciones e ir las a pasar en el Estado de Virginia, lleno de plantaciones algodoneras, factorías de tabaco y glorio-

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

nas reliquias de la guerra de Secesión. En aquel clima casi tropical, tuvo lugar su encuentro con una rubia muchacha neoyorquina, que, como él, descansaba de las fatigas del trabajo en la gran capital. Era Tig Callhan, ascendida casi a la categoría de personalidad por sus actuaciones como director escénico o ayudante de dirección en varios teatros del Broadway, principalmente el que poseía Cris Mac Clelland. De aquel encuentro nació la amistad y de la amistad un apasionado amor que en pocos días los llevó ante el juez de paz Abner Towne, que los unió en matrimonio.



...Y ahora, queridos niños, son las ocho de la mañana, hora en que los fabricantes de los bizcochos infantiles os presentan a la Dama del Sol que os cuenta, mañana y tarde, sus cuentos tan preciosos.

Sentado en un sillón de la habitación del hotel en que había transcurrido su noche de bodas, mientras su esposa reposaba todavía, Hank escuchaba la radio, por la que la voz de la Dama del Sol desgranaba la historia de Ciervo y Oso Gris a quienes ace-

chaba Minikin, el malvado Dragón.

—Eso es una tontería como un castillo —dijo Tig soñolienta y levantándose para apagar el receptor—, no me deja dormir... Si no me equivoco estabas escuchando lo que decían.

—Claro que sí —repuso Hank inocentemente.

Ella se acercó a él cubriéndose con una bata.

—¡No lo creo! No me digas que me he casado con un hombre que se levanta a las ocho de la mañana para oír hablar de los bizcochos y los cuentos de osos y dragones. ¿Quién es esa cursi pesada?

—No es una pesada. Se llama Eva Star y es muy buena amiga mía. Por la noche también la oigo.

Tig se sentó en el brazo de la butaca que ocupaba su marido.

—Debéis tener mucha amistad —dijo irónicamente—. ¿Qué hay entre mi marido y esa estúpida cuentista?

—Un magnífico contrato.

—No lo entiendo.

—¿No te he dicho que soy socio de la empresa publicitaria de Trazey y Dunn?

—Creo que sí.

—Tenemos el anuncio de es-

tos bizcochos. Así es que Eva Star, la Dama del Sol, me ayuda a pagar los vestidos tan bonitos que te compro.

Hank se levantó.

—Anda, vístete... haz el equipaje, no perdamos el tren. Nos vamos en viaje de novios.

—Sí, en seguida voy —Tig se puso un sombrero—. Hank, ¡ojalá la guste a tu familia, porque yo les voy a querer mucho! Me parece que vamos a simpatizar. ¿Crees que debo estudiar la Historia de Indiana para ir más tranquila?

Hank la interrumpió.

—Y tú, ¿no crees que deberías vestirme? ¿O siempre viajas con sombrero puesto y camión?

—Tú no estás nervioso... —protestó Tig—. Conoces a los tuyos... yo no.

—Yo tampoco los conocí bien hasta que tuve cinco años... Pero te querrán y tú a ellos también. Yo te quiero y soy de la familia.

—Con que tú me quieras tengo bastante.

Esta respuesta merecía un beso y Hank se lo dió. El timbre del teléfono la interrumpió.

—¿Has oído algo? —preguntó él.

—Un timbrecito muy dulce.

Hank tomó el aparato.

—Diga, ¿quién es? ¿De Nueva York? ¿Diga? ¿Quién?

Una voz sonaba al otro extremo del hilo.

—¿Qué le pasa, está sordo? Tengo mucho trabajo y esta conferencia es muy cara; que se ponga Tig Callahan al teléfono.

—Un momento...

La voz desconocida inquirió de pronto:

—¿Qué está usted haciendo en su habitación a las ocho de la mañana?

—Besándola.

—¡Besándola! —la voz se encolerizó—. Eso no puede ser. No permitiré que eso continúe. Oiga, por cierto, ¿quién es usted?

—Hank... Hank Dunn. Y si usted me dice su nombre le prometo ir a romperle un hueso en el momento que vuelva a Nueva York... sí, ya lo he oído. Mac Clelland.

Tig, que hasta aquel momento no había tomado parte en la conversación, al oír este nombre arrebató el teléfono a su marido.

—¡Mi jefe! ¡Ay, Dios mío! ¡Hola Cris, soy Tig.

Hank acercó el oído al receptor intentando oír.

—¡Ah... hum!... es un amigo mío —Tig seguía hablando—,

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

un chico conocido. No, no estaba besándome.

—Bueno, pues, échelo en seguida —exigió Mac Clelland—: ¡Oígame señorita, si complica usted su vida en asuntos amorosos o algo que se le parezca, nuestro contrato es nulo, lo rompo, termina! ¡Y si se casa usted porque se vuelva loca... la demando! No se habrá casado con ese imbécil ¿verdad?

—No, Cris, aunque no es un imbécil.

—No, en mi familia creen que soy un gran talento —intervino Hank—. Un gran cerebro.

—Eres muy guapo... te quiero más cada día —se volvió al teléfono—. ¿Cómo dice?

—¿Es cierto? ¡Ah, Cris; No sabe cuánto le quiero.

—¡Bien! —protestó Hank—. A ver si tiene una novia para mí. Tig le impuso silencio.

—Claro que irá. Eso es... esta noche, a las ocho, en Mario. Gracias Cris, estoy nerviosa. ¡Adiós!—Tig colgó el aparato.

Hank se dirigió a ella.

—Más lo estoy yo. Me va a dar un ataque. ¿Era Cris Mac Clelland el productor?

—No le llames «productor» como si fuese una cosa mala. ¡Cris es un genio!

—¿Y a ti que te importa eso?

—Soy su ayudante.

—¡Ah! ¿también los genios necesitan ayudantes? Oye, ¿ha ocurrido algo?

—Dice que en pleno ensayo el director de Cris se ha puesto enfermo, y se le ha ocurrido encargarme la dirección de su obra.

—¿Se esperará unos días? —preguntó él.

—¿Con el teatro alquilado y los artistas cobrando? No conoces a Cris. Cuando toma una determinación, hay que realizarla inmediatamente.

Hank protestó. Lo que estaba realizándose era su luna de miel. El matrimonio era una cosa muy importante. No era una comedia dividida en tres actos y un prólogo. El trabajo de ella era su mujer y dedicarse a él toda la vida. Tig fué a sentarse junto a él en el lecho.

—Y pienso dedicarme a él... después del estreno. Lo que necesito es ver a Cris y conseguir que me de una copia de la obra. Le diré que para estudiarla me hace falta una semana.

—Pero no comprendo por qué es tan importante una comedia.

—Oye, Hank, hace cinco años llegué a Nueva York con cuarenta centavos y muchas ilusiones.

Nueva York se rió de mí y no me hizo caso. Luego conocía a Cris Mac Clelland y gracias a él empecé a trabajar. Ahora si dirijo esta comedia ya he triunfado. Tendré a Nueva York con la espalda en tierra... vencido a mis pies... pidiendo socorro.

—Bueno, Tig, tendré que esperar el último round. Pero no como un chico conocido... como tu marido.

—Claro, como mi marido — afirmó ella —, pero..., ¿te molestaría guardar el secreto para Cris y la gente del teatro? Por poco tiempo... Perdona Hank.

—Pero, ¿por qué? —Hank no veía la razón.

—Por que Cris cree que las mujeres casadas han hecho fracasar muchas comedias. Es una fobia que padece... no es porque le molesten las casadas.

—¡Bueno! —consintió por fin él.

—¡Bravo! —lo besó cariñosamente—. No puedo dejar de ir esta noche a Mario.

—¿Te molesta que vaya contigo?

—No irás conmigo. Pero quiero tenerte lo más cerca posible. Tú me esperas a la entrada. Le pido la comedia a Cris. Pasaremos la noche en tu departamento y mañana por la mañana, nos vamos a Indiana con tu familia y tus amigos. Tal como lo habías planeado.

El teléfono volvió a sonar. Hank lo tomó.

—Diga.

La voz de Mac Clelland sonaba enfurecida desde Nueva York.

—¡Ah, ah! Sabía que seguiría ahí de pelma... Salga de esa habitación, porque sino voy a Virginia y le echo a patadas.

Hank colgó el teléfono.

—¡Este hombre es el lobo feroz!

EN EL RESTAURANTE MARIO

ERAN algo más de las ocho cuando Cris Mac Clelland penetró en el restaurante Mario, uno de los más concurridos por la gente de teatro. Mientras un solícito camarero le conducía a la mesa que había reservado, preguntó si miss Callahan había ya llegado. Ante la respuesta negativa pareció tranquilizarse. Su carácter, dado a la teatralidad, le hizo tomar de la mesa vecina un cenicero lleno de colillas y sentarse meditando ante sus papeles, aparentando llegar largo rato de espera. En esta actitud lo sorprendió Tig a los pocos momentos. Se sentó a su lado.

—Hola, Cris.

—Señorita. Es usted la más

egoísta que he visto en mi vida. Llevo esperándola media hora. Claro que da igual, mi tiempo no vale nada.

—Perdone Cris, el tren llegó con retraso.

—No se disculpe usted. Aquí me tiene, quiero producir el éxito cumbre de mi carrera. Mi primer actor tiene acento francés... usted se enamora de un patán idiota y para colmo de males, los trenes llegan con retraso...

Cortando la explicación de Cris, llena de amarga ironía, una voz sonó tras ellos.

—¡Ah, la Tig! —dijo con un acento casi incomprensible—. Está en Nueva York y a salvo. Me ha tranquilizado....

Era Oscar, el citado primer actor.

—Será que se tranquiliza —dijo Cris a modo de saludo—. Y le va a durar muy poco la tranquilidad como no aprenda a hablar claro.

—Con la Tig dirigiéndome, llegaré a hablar igual que un indígena.

—Creía que el tío Sam lo había expulsado por algo del pasaporte —intervino la aludida.

—No se preocupe, tengo cinco abogados buscando razones para que no deporten a Oscar... Y hablando de otra cosa, ahora resulta que, en el momento que la pierdo de vista, empieza a coquetear con un pobre paleta que se llama Hank, ¿eh?

—¡No es un pobre paleta! —saltó ella, ofendida—. Vive aquí.

—Nueva York está lleno de paletos que sólo piensan en el matrimonio.

—El matrimonio... —preguntó ingenuamente Oscar—. ¿es algo malo?

—Tres veces estuve a punto de casarme, y tres de mis comedios fracasaron —explicó Cris muy convencido.

En aquel momento, en el otro extremo del local, junto a la barra, Hank, que acababa de lle-

gar y no se había apercebido de la presencia de su esposa, saludaba a un amigo que sorbía aburrido un combinado. Era Terry, un periodista adepto incondicional de los sensacionalismos e infatigable buscador de escándalos, con los que nutría sus muy famosos artículos. Tig, al divisar a su marido, se quedó mirándole arrobada. Cualquier regular psicólogo hubiera leído en sus ojos el amor.

—¿Está usted escuchándome, o le interesa alguno del bar?

* Cris, con su incisivo modo de hablar, la volvió a la realidad.

—Siga Cris —dijo con un suspiro—, ya le escucho.

—¿Qué hay de nuevo?

Hank hizo la pregunta acompañándola de una palmada en la espalda de Terry.

—Si leyeras mi crónica no me lo preguntarías, y si no sabes leer óyeme hablar por radio.

Era un tipo cínico y despreocupado como buen periodista americano.

—Me he quedado un poco sordo —mintió Hank.

Una alegre escena se desarrollaba entre tanto ante el guardarrópia. Willie Wilson, el multimillonario conocido por sus frívolas diversiones, llegaba acom-

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

pañado de tres muchachas que reían sus insulsas bromas.

—¿Número, señor? —preguntó la empleada.

—¡Ah, tú debes ser nueva aquí! Yo nunca tengo número: todo el mundo me conoce...

Una de sus acompañantes, al dirigir la vista al bar divisó a Hank.

—¡Vaya, mirad quién ha vuelto! —exclamó sorprendida.

Mientras se acercaban a los dos hombres, Terry informó:

—Aquí tienes a una de tus empleadas, Eva Star, la Dama del Sol, la última belleza que Willie Wilson ha incorporado a su colección.

—¡Hak, por fin has vuelto! —saludó ella efusivamente—. Quiero que me digas si me has echado mucho de menos.

Desde su mesa, Tig observaba la escena sin prestar atención a su jefe que comenzaba a leerle unos párrafos de la obra que traía entre manos. De nuevo Cris la sacó mordazmente de su abstracción.

—Cuando termine de mirar a los turistas, dígamelo.

—Puede usted leer, Cris. No me pierdo una palabra —repuso ella, aunque su actitud indicaba lo contrario.

En el bar, Hank decía severamente a su empleada.

—Necesito que me expliques eso de Willie Wilson.

El aludido, que se había acercado, intervino:

—Me parece que debo explicarlo yo.

La Dama del Sol hizo las presentaciones.

—Muchísimo gusto—dijo despectivamente Hank—. Buenas noches Wilson—, y al ver que éste se proponía alejarse con Eva continuó—. Ella no va, márchese usted.

Eva intentó aplacarle:

—Se atreve a hablar a Willie Wilson en ese tono violento...

—¡Claro! —intervino Terry alborozado por el escándalo que se preveía—. Alza la voz... dale un puñetazo en un ojo y tendré un artículo estupendo.

Hank pareció bajar velas.

—Usted perdone, señor Wilson.

El gesto satisfecho del otro, que no era más que un ridículo vejete engreído, volvió a enfurecerle.

—Ahora—dijo entre dientes— márchese pronto si no quiere dejar los dientes de un puñetazo.

Wilson, atemorizado, inició la retirada.

—Creo que va en serio. Eva, te arrepentirás. ¡Vámonos a otro lugar más divertido, chicas!

—Arreglado —dijo Hank frotándose las manos. Luego, tomó del brazo a Terry y lo llevó aparte para decirle:

—Terry, hazme un favor: no hables de Eva en el periódico. Doce millones de niños respetan a la Dama del Sol.

—Y veinte millones de personas leen mis artículos.

—No digas nada y te daré la exclusiva de mi matrimonio.

—Eso ya es importante —repuso Terry vacilando—. Acepto... pero otra vez que Eva empiece a coquetear con Willie Wilson, no respondo de mi silencio.

—No te apures, no se repetirá la broma.

Hank volvió junto a Eva e intentó convencerla de que regresara a su casa. Ella se negó a hacerlo si él no la acompañaba.

—Vamos... hablemos del Oso Gris y del Dragoncito.

La afectuosidad de Eva empezaba a ser exagerada cuando Hank divisó a su esposa sentada con Cris y Oscar. Ligeramente azorado se separó de su empleada disculpándose y se dirigió hacia allí.

—¡Hola, Tig, pero qué sorpresa!

Ella le miró fríamente.

—Para mí, sí —repuso.

—Pues, para mí, no... —intervino Cris fastidiado—, nada me sorprende.

La joven lo presentó a sus acompañantes como un amigo, tal como habían acordado aquella mañana en Virginia. Hank se sentó y durante unos momentos se cruzaron entre él y Cris frases irónicas referentes a la conversación que a primeras horas sostuvieran por teléfono. Finalmente manifestó que se marchaba en seguida.

—Pero antes —declaró mirando fijamente a su esposa para que comprendiera la alusión que encerraban sus palabras —voy a telefonar a un amigo para que vaya a mi departamento... en vez de esperarme aquí.

—¿Es ese su amigo?—preguntó ella señalando a Eva cuya afectuosidad para con Hank la había puesto celosa.

—Es una empleada mía.

Sacó una llave del bolsillo del chaleco, la alargó por debajo de la mesa a Tig y ésta, que había comprendido el doble de la frase de su esposo, se inclinó para tomarla. Sin embargo, Cris, que

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

con tono burlón alababa las cualidades de una reunión de amigos dedicada a conversar sin trascendencia para matar el tiempo mientras aguarda cierta obra teatral de un valor de cien mil dólares, percibió la maniobra y, con rápido movimiento introdujo la mano bajo la mesa y se apoderó de la llave.

—¡Una llave! —exclamó mostrándola triunfante «Edificio Clark» leyó en ella—. ¿Quién vive allí?

—Yo, señor —manifestó Hank dignamente a pesar de lo ridículo de la situación.

—¡Ah, ahora lo veo claro; usted tiene la culpa. Tig se ha tomado unas vacaciones y ¿qué ha pasado? Ha olvidado su trabajo, vuelve enamorada, atontada por este... este rústico labriego.

—Y viene a robarnosla —añadió Oscar.

Hank, rabioso, expuso su intención de romperles las narices y harto ya de fingir, comenzó a exponer la relación que le unía con Tig.

—Yo se lo diré, Hank —interrumpió ella. Luego añadió dirigiéndose a su jefe:

—Es sencillísimo, verá usted... Es que mi casa la están pintan-

do... y Hank me ha ofrecido la suya galantemente.

La voz de Eva, que se había aproximado sin ser vista, sonó tras Hank:

—No me bagas esperar más, querido.

—Cuando éste la hubo presentado, Tig se dirigió a ella:

—Siéntese, señorita Star. Desco preguntarle una cosa: el Oso y el Ciervo, ¿cómo acabaron con el dragón Minikin?

—Un final muy femenino —repuso la Dama del Sol mordazmente. Su intuición le había indicado que algo más que una amistad existía entre aquella mujer y Hank —se arañaron hasta hacerse pedazos.

Cris, que había observado la tirantez entre aquellas dos muchachas que acababan de conocerse, intervino:

—Dios me libre de interesarme en esas cosas, pero me parece, Tig, que su comportamiento es el de la perfecta mujer celosa.

—Pero... ¿celosa de qué? —preguntó ella haciéndose la inocente.

—De quién, no, señorita —dijo Eva con aplomo, envolviendo a Hank en un ademán protector— ¿de quién? Este hombre es mío.

El intentó protestar, pero Eva le interrumpió.

—Tranquilízate. Posiblemente no le agrada a miss Callahan... pero eres como un hermano para mí.

—¡Hermano! —la palabra sonó despectiva en boca de Tig.

—Mire usted —intercaló Cris, impaciente—. Para mí, como si fueses su madre. Lo que quiero es que me dejen en paz. Tengo que montar una comedia.

La Dama del Sol se levantó.

—He pasado una gran noche,

pero no con ustedes. Llámeme por teléfono y le diré el día que Hank le va a romper la cabeza. Vámonos, Hank, tengo mucho sueño, llévame a casa.

El joven la acompañó hasta la puerta de la calle y la dejó en un taxi, volviendo luego a entrar en Mario. Ella, una vez sola, interpeló al chófer.

—¿Sabe usted dónde ha ido Willie y su pandilla?

—Sí, señora, al Samba. Está junto enfrente. ¿Dónde vamos?

—Lévenme ahí enfrente.

LA PELEA

CON el propósito de hablar a su esposa sin testigos molestos, Hank Dunn entró en una de las cabinas telefónicas del Mario y marcó el número de la cabina contigua. Como nadie oyera la llamada, salió y avisó a un camarero que pasaba por allí.

—Oiga... está sonando el teléfono.

—¡ Ah !, gracias, señor Dunn —dijo el aludido que le conocía como asiduo cliente.

La idea de Hank era buena, pero fracasó debido a la confusión que se armó el infeliz camarero al enterarse de que un tal señor Dunn pretendía hablar por teléfono con miss Callahan, lo cual era imposible, dado que, en

aquel preciso momento, el mismo y verdadero señor Dunn se hallaba hablando en la cabina contigua. Cuando al fin, rascándose la cabeza, acudió a la sala en busca de la joven, ésta se había ido al teatro con sus compañeros. Así se lo comunicó a su interlocutor, quien abandonó rápidamente el restaurante para dirigirse al teatro Mac Clelland.



Tig Callahan estaba dirigiendo el ensayo de una de las escenas de la comedia, intentando hacer hablar a Oscar de una manera comprensible, cuando su marido llegó, Cris, al enterarse de su presencia, y temiendo que fuera a

estorbar el trabajo de la joven, intruyó convenientemente a unos tramoyistas para que aparentando inocencia, le hicieran una serie de trastadas que le obligasen a abandonar el lugar. Así fué cómo Hank recibió el golpe de una escalera y cayó al suelo al sentarse en una silla desvencijada. Sin embargo, supo vengarse y, utilizando el mismo procedimiento que Cris empleara con él, le proporcionó un golpe que le dejó sin sentido por unos momentos.

Buscando el modo de atraer la atención de Tig, que con gestos conminatorios le había manifestado su intención de proseguir su tarea, dió con el tablero de efectos escénicos y sonoros que hizo surgir en su mente una idea luminosa. Aprovechando que los tramoyistas se hallaban ocupados atendiendo a Mac Clelland, comenzó a pulsar los botones del aparato. Rebuznos, truenos, sirenas, alaridos, relámpagos y, finalmente, una lluvia torrencial, se desencadenaron en indescrptible barahúnda en el escenario. En la confusión del momento se apoderó de su esposa y echándosela al hombro, pese a sus protestas, la condujo a un camerino encerrándose en él.

—Bueno, ¿empezamos la pe-

lea? —dijo Hank después de besarla apasionadamente.

—Me enfurece que hayas hecho esto —repuso ella, apagado su disgusto por la efusividad de su esposo.

—Tenía que hablarte.

—Ya hablaremos luego. Ahora quiero que me expliques lo de Eva Star.

—La acompañaba a casa solamente para que no desilusionara a doce millones de niños con sus locuras de siempre. Pero no te apures, sé convencerla, ¿estás ya tranquila?

—Como ella asintiera mansamente, prosiguió:

—Muy bien, pues ahora vas a salir a decirle a Cris que no puedes hacer nada en una semana. Nuestra luna de miel empieza mañana.

—Pero, Hank, es... —opuso ella titubeando.

—¿No has oído lo que te he dicho? —insistió él autorritariamente.

Tig capituló, asintiendo con un suspiro.

—Bueno, voy a ver si salgo de este manicomio —dijo él—. Me voy a casa a esperarte. Ya tienes la llave.

Abandonó el camerino cantando alegremente, satisfecho de la

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

victoria obtenida sobre su esposa, iba por buen camino: la autoridad del marido había de prevalecer en todo matrimonio...

Dos policías, que Cris había llamado, cortaron en seco su euforia. Sin atender a sus protestas lo llevaron consigo y lo pusieron entre rejas, acusado de agresión y escándalo público.

—¡Quiero salir de aquí!—gritaba, dirigiéndose al carcelero—, ¡mi mujer está en casa esperándome! Es nuestra luna de miel, ¿no le conmueve esto, guardia?

—No, llevo veinte años casado. Tómelo usted con calma, amigo. El juez no viene hasta las nueve de la mañana.

Efectivamente, eran más de las diez cuando Hank, después de depositar la fianza correspondiente al arresto que le había sido impuesto, llegaba a su casa. Su mujer, que había estado esperándole en vano toda la noche, le interpelló ligeramente agresiva en el momento en que entraba.

—Podrás explicarme dónde te has metido?

—Debieras saberlo —respondió él incisivamente.

—Eso creo yo. Bueno, ¿cuál es la primera mentira que yo no me voy a creer?

—Pues, si quieres saber la verdad, he pasado la noche en la cárcel.

—¿Qué dices?

—Sí, y muy divertido. La fiera de tu jefe, Mac Clelland, me ha buscado una habitación llena de barrotes.

—¿Cris te metió en la cárcel?

—La risa no la dejaba hablar—.

¡Dios mío! ¡Pobre Hank! Nunca le perdonaré que haya hecho esto contigo.

La desconfianza y el malhumor de que había dado muestras al principio habían desaparecido, dando paso de nuevo a la ternura y al cariño que prodigaba a su marido en los pocos ratos en que, hasta entonces, habían estado de buenas.

—A propósito —dijo Hank— ¿le dijiste que ibas a faltar una semana?

—Sí, y dijo que no, pero es igual, nos marchamos. Ya hice el equipaje. Tenemos el tiempo justo para desayunar y emprender la marcha.

El se levantó satisfecho.

—¡Bien! Me afeitaré en un momento. Y estoy muerto de hambre. Dí a Carlos que me sirva un buen plato de bizcochos

—ante la mirada de ella, corrigió apresuradamente...— de plátanos y un vaso de leche.

Sonó el timbre de la puerta, cuando ya Hank había desaparecido en su habitación. Carlos, el criado, fué a abrir y entró Oscar, vestido, como siempre, con una elegancia chillona.

—Buenos días, mi encantadora Tig —saludó alegremente—. La invito a desayunar conmigo.

Hank, en camiseta y con la cara llena de jabón, se asomó al oír las voces.

—Me pareció que llegaba alguien... ¡Ah, es usted!

—¡Ah, ah! —exclamó Oscar escandalizado—. ¿Usted qué hacer esta casa?

—Siempre empiezo mi desayuno con un buen jabón espumoso —repuso Hank tranquilamente. Y luego, remedando la dificultosa manera de hablar del francés añadió—: Y usted, ¿qué hacer en esta casa?

—Yo también me quedo a desayunar, hasta yo averiguar dónde el gato está encerrado.

Para salvar las apariencias, Tig se dirigió a su marido.

—No me advirtió usted cuando me cedió el departamento que

iba a venir a afeitarse todas las mañanas—. Y por lo bajo, añadió—. Que no sepa que somos marido y mujer...

Hank asintió y, llamando al criado negro, dijo:

—Carlos, tenemos una boca más... Echale una cebolla.

—Sí, señor.

—Cebolla para desayunar —comentó sonriente Oscar—no está mal la idea.

Apenas se habían sentado a la mesa preparada en la terraza, cuando Carlos anunció la llegada de Cris Mac Clelland.

—¿Mac Clelland?—dijo Hank violentamente—. Oye, Carlos, llama a la policía para que venga a por un cadáver que va a caer desde la terraza.

El empresario teatral hizo su entrada con movimientos rápidos, desbordando dinamismo y eficiencia. Cogió una silla y se sentó también a la mesa, dirigiéndose a Tig:

—¿Qué es esto, una fiesta matinal? No me responda tonterías. Tenemos que hablar de algo importante, con usted claro —se volvió hacia el criado—. Dos huevos fritos con aceite y adornados son «pate de foie-gras».

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—Si no hay «foie-gras» ponle cucarachas —aconsejó Hank.

—Sí señor.

Cris, sin hacer caso de las intervenciones del joven, se dirigió de nuevo a Tig:

—Tengo trabajo para usted.

—¿Cómo? ¿Otro distinto?

—Sí, pero es muy sencillo. Quiero que se case con Oscar.

La indignación no permitió a Hank más que gritar:

—¡Caracoles!

—¿La Tig ser mi mujer? — exclamó alegremente Oscar—. Me gusta la idea.

—Nadie ha pedido su opinión —le interrumpió Cris.

—Bueno, pues si puedo dar la mía—. Era Hank quien volvía a hablar.

—Tampoco nos interesa. Cinco de mis abogados coinciden en que es el único medio de evitar que Oscar pueda ser deportado.

—Eso me gusta... moi ser mucho feliz.

—Si su estancia aquí depende de que Tig se case con usted, puede ir haciendo las maletas para irse a su tierra—. Hank no se resignaba a escuchar en silencio.

Oscar, sin embargo, no le hizo caso.

—¿Cuándo nos casamos? — preguntó dirigiéndose a Cris.

—No hay prisa... el plazo vence dentro de sesenta días.

—No me casaré con Oscar dentro de sesenta días—negó Tig rotunda—, ni dentro de sesenta años.

Mac Clelland se indignó ante su rebelión.

—¡Tig Callahan! Con lo que yo he hecho por usted. Le pido una cosa sin importancia... que se case con Oscar y se niega. ¿por qué?

—Usted mismo decía anoche que el amor es un estorbo.

—¿Cómo puede haber complicación amorosa con Oscar? Es un actor. Lo que yo no le permito es un matrimonio con un hombre al que quiera.

Hank no pudo aguantar por más tiempo. Comprendía que de seguir oyendo aquella sarta de estupideces iba a explotar de un momento a otro.

—He oído ya bastantes tonterías y se van a acabar. Tig, ¿por qué no confesas la verdad a este señor?

—No, Hank, ahora no. Tengo que pensarlo despacio.

Mac Clelland interpretó mal sus palabras.

—¿Pensarlo despacio? ¿qué quiere usted decir? Ya está todo arreglado, se casa con Oscar y...

—Pero si no puedo.

Su esposo volvió a intervenir, esta vez de una manera decisiva.

—Y yo le diré el por qué: Porque está casada conmigo.

—Tig, dígame que miente —Cris adoptó un tono melodramático—. Dígame que es sólo publicidad —al ver que ella negaba con la cabeza, continuó—. Luego es verdad. Ha sacrificado usted su carrera por un amor idiota, pueril, trivial y desvergonzado. Se ha enamorado... de un presidiario. Las mujeres están locas, Tig. Pero usted ha abusado de su prerrogativa...

Hank no le dejó continuar. Cogéndole por el cuello y los fondillos del pantalón lo llevó en volandas, pese a sus protestas y forcejeos, hasta la puerta del departamento y lo depositó sin ninguna suavidad en el suelo, cerrando la puerta tras él. Al volver a entrar reparó en Oscar:

—Bueno, ¿cómo quiere usted

salir, por la escalera o por el balcón?

Oscar no respondió; dando media vuelta abandonó precipitadamente la terraza tropezando con los muebles. Se oyó el ruido de la puerta y Hank se sentó sonriente a la mesa.

—¡Bueno! Arreglado. Ahora voy a tomar café.

Sin embargo, Tig no había quedado satisfecha de la brusca y eficaz intervención de su marido y se lo reprochó.

—Has echado a perder en un momento cinco años de trabajo.

—No te preocupes por esos años, los venideros son los que deben importar. Después de todo, abusaban de ti.

—Me prometiste una cosa.

—Pero no prometí que iba a tolerar a un individuo hacer de mi esposa una bigama —se volvió a ella cariñosamente—. No lo tomes tan en serio. ¡Vamos Tig, basta de tonterías!

—¡Tonterías! Y has destrozado en un segundo mi carrera. ¡No tienes sentido común!

—No creerás que Oscar va a darme otra oportunidad habiendo hecho esto con él.

Hank volvió a indignarse.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—No he hecho más que ponerme en el lugar a que tengo derecho.

—Cállate, sal de aquí inmediatamente, porque voy a estallar.

—¡Está bien! ¡Está bien! ya salgo. El estallido de una mujer no lo soporto. Me voy a la oficina y estaré allí hasta las doce de la noche.

—Ya no me encontrarás cuando vuelvas —desafió ella.

—No he dicho que piense volver.

—Ni yo te lo he preguntado.

Hank cogió su sombrero y ya en el umbral se volvió para añadir:

—En caso de que sientas curiosidad, puedes llamar a la oficina por teléfono... ¡pero antes de las doce.

Tig quedó sola, retorciéndose nerviosamente las manos y paseando arriba y abajo del saloncito, como si con sus pasos quisiera medir sus dimensiones. El sol que penetraba a través de la puerta de la terraza, le recordó aquella clara mañana de Virginia en que se había unido a Hank en matrimonio y comprendió el significado de las palabras del juez Towne, cuando les dijo que

una boda no era cuestión de cinco minutos, sino que se necesitaban largos años de perfecta comprensión y mutuo perdón para afirmarla. Le pareció que la decisión que tomara al casarse había sido el producto de una especie de locura, de la que ahora, recobrada por completo su lucidez, se arrepintiera dolorosamente. Lo que sentía hacia su marido no era ya amor, sino un furioso rencor por haber querido cortar las alas de su temperamento artístico, destruyendo el dorado monumento que con sus ambiciosas ilusiones había levantado. No podía doblegarse a impulsos de un bajo egoísmo masculino y renunciar a su porvenir en el teatro. Si su matrimonio había sido una equivocación, si no tenía temperamento de esposa, si se había dejado atraer por los brillantes colores de una pasión momentánea, lo lamentaba en extremo, pero todavía tenía tiempo de volver atrás. Sin embargo, al cruzar por su mente la idea de separarse para siempre de Hank, una dolorosa punzada hirió su corazón y le hizo ver que, a pesar de todo, seguía amándole. Era un absurdo dilema: renunciar a Hank o renunciar a su trabajo.

Carlos, el fiel servidor negro, observaba atentamente a su señora y leía en su rostro la lucha interior que estaba sosteniendo. Había oído las últimas palabras de Hank y, velando por su felicidad, cogió una tarjeta en la que se leía:

TRAZY & DUNN

Publicidad

Telf Infield 56.009

subrayó el número y depositó la cartulina discretamente sobre el aparato telefónico.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

WILLIE WILSON

AL llegar a su oficina, poniendo fin a sus vacaciones, Hank fué saludado amablemente por la secretaria que le comunicó que Trazy, su socio, deseaba hablar con él y parecía preocupado. Sin embargo, renunció a verle y se encerró en su despacho. Durante un rato permaneció junto al teléfono dudando entre cogerlo para llamar a Tig, o mantener la posición que le dictaba su amor propio. Cuando por fin el timbre sonó, se abalanzó al aparato y suponiendo era Tig, dijo dulcemente:

—Hola, nena.

—Hola, corazón —repuso una voz masculina en tono burlón. Soy Trazy, tu amigo. No olvides

que este negocio es a medias. Qué impertinencia es esa de no querer verme? ¿Quién te has creído que eres?

—El que lleva la otra mitad en el negocio... y sigo sin querer verte: estoy ocupado.

—¿Esperas visita?

—No, que me llamen por teléfono.

Trazy colgó el aparato y entró en el despacho de su socio.

—Celebro tu vuelta, Hank. Tengo un apuro...

—Yo tengo bastantes más de uno. Me he casado en estas vacaciones.

—Muy bien, muy bien —repuso el otro indiferente, abismado en sus preocupaciones—. Te compraré un buen regalo, pero

ahora por el momento la que me preocupa es la Dama del Sol. Ha desaparecido.

—¿Cómo lo sabes?

—Primero: no se ha presentado a la emisión de esta mañana y hemos tenido que substituir-la de pronto. Segundo: ha llamado y me ha dicho «Cucu, adivina dónde estoy». Tengo tres detectives en su busca, y ahora no encuentro ni a los detectives.

—Mira —recordó Hank, abandonando la actitud soñadora en que hasta entonces había estado sumido —anoche la vi con Willie Wilson. Y tengo miedo.

—Pues voy a contratar en seguida más detectives. Ese Wilson, aunque se casara con una mujer la comprometería.

Sonó el teléfono, pero no era Tig. Terry, el periodista amigo de Hank, era el que llamaba. Siempre a la caza de escándalos y sensacionalismos, había estado siguiendo a Eva y hacía diez minutos que la había visto salir del Club Samba y marcharse con Willie Wilson a la residencia que éste poseía en Long Island. Como sabía que ellos andaban también tras ella, les hacía el pequeño favor de comunicárselo. Hank y Trazy exhalaban un suspiro de

satisfacción y se dispusieron a partir en su busca.

Antes de abandonar la oficina, Hank avisó a la secretaria de que esperaba una llamada de su mujer antes de las doce. El llamaría también, y era preciso que en la oficina hubiera alguien hasta aquella hora.



La casa que Wilson, el multimillonario con ribetes de Don Juan valetudinario poseía en Long Island, era un verdadero palacio. Una amplia escalinata daba entrada a ella, a través de un pórtico de clásicas columnas. En su interior, un lujo asiático, carente de gusto personal, era la nota dominante.

En una espaciosa sala, ante una mesita sobre la cual se veía una botalla de champaña de excelente marca y un par de copas, el viejo intentaba la conquista de la Dama del Sol que, con su belleza morena y exuberante, lo contemplaba sonriendo cínicamente. Juguetearlo ridiculamente se cubrió con una piel de oso blanco que servía de alfombra ante un sofá y se acercó a la muchacha simulando rugir ferozmente.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—Todas las muchachas se ríen cuando las asusto con mi piel de oso.

—Asústame con un abrigo de piel y te aseguro que mi risa se oirá en Tampico.

—¿Quieres beber algo? —preguntó sentándose al lado de ella.

—No, si me emborracho acabaré gustándome.

En el exterior, el coche que conducía a Hank y Trazy, se detuvo ante la casa después de atravesar el señorial parque que la rodeaba.

—Quédate aquí —dijo el primero—, yo sólo la convenceré mejor.

Como una tromba, el joven atravesó la casa y penetró en la habitación donde Willie proseguía su conquista.

—¡Pero, Hank! —gritó la Dama del Sol al verle.

—Ponte el abrigo —dijo él acamamento, sin hacer el menor caso de la presencia del millonario.

—¡No puede usted echarla de mi casa! —chilló éste, engallándose.

—Entonces... ¡le echaré a usted!

El tono con que Hank hablaba, la expresión de su rostro y la conciencia de su inferioridad física, unidas a la considerable do-

sis de cobardía que corría por las venas de Willie Wilson, le hicieron bajar velas rápidamente.

—No, no lo estimo necesario —dijo contemporizando—. La Dama del Sol se estaba aburriendo y ahora ya sé por qué. Bueno, están ustedes en su casa, amigos. Si desean algo no tienen más que pedirlo.

Con su risible andar de cortos pasitos se dirigió a la puerta y se escabulló por ella.

—Saben hacer los honores, pero es un pesado —comentó Eva recostándose en el sofá—. Bebe algo, Hank.

—Vamos, Eva —dijo él imperturbable— coge tu abrigo.

—¿Tiene interés en que me marche?

Hank guardó silencio, atraído su atención por el ruido de una discusión que les llegaba a través de la puerta. Reconociendo una de las voces como la de Terry, tomó a la joven por un brazo y la arrastró tras de sí en busca de un lugar donde esconderla. A toda costa debía evitar el escándalo que se produciría indefectiblemente si el periodista la hallaba allí.

—Yo quiero mucho a Terry —se lamentó ella—. Conmigo es muy cariñoso.

—Si te encuentra aquí, ya no necesitas preocuparte por la publicidad.

En una de las paredes había un armario ropero. Hank lo abrió y empujó a la muchacha dentro de él.

—Desaparece durante cinco minutos —aconsejó.

Apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta y apoyarse en ella con un gesto de alivio, cuando Trazy entró en la estancia seguido del periodista.

—Este métome en todo insiste en que Eva Star está ahí con Willie Wilson.

—Y esta vez no te sirve la amistad —añadió Terry triunfante.

Lamento estropear tu artículo, Terry —dijo Hank—, pero mi empleada no está aquí.

—El artículo se escribirá. Estaba aquí y si ahora no está, será porque tú la has echado.

Husmeó por la habitación con aire intrigado, Trazy intervino.

—Debía avergonzarle su actitud... quiere arruinar la reputación de una chica inocente.

—No invento los escándalos; escribo acerca de ellos —se plantó desafiante ante los dos socios— ¿Dónde está Eva Star?

—¿Y qué se yo? —mintió Hank.

Unos golpes en la puerta del ropero hicieron sonreír al periodista.

—¿Qué guardas en ese armario ¿ropa sucia?

Sin que Hank lo pudiera impedir, Eva salió de su escondite.

—¡Qué, Barba Azul! —exclamó—. ¡Hola, Terry, encantada de verte!

Trazy imitó a la perfección la más ingenua sorpresa, exclamando:

—¡Eva! ¿Qué hace usted en esta casa?

Terry, frotándose las manos con satisfacción, respondió por ella:

—Yo te lo diré en mi próximo artículo.

El socio de Hank recurrió a su última arma.

—Quiero renovar la emisión —manifestó suavemente— y tengo interés en que trabaje usted en el programa...

Pero el periodista estaba demasiado enamorado de su profesión para dejarse sobornar tan fácilmente.

—No me interesan sus programas. Hubiera sido mejor encontrarla con Willie Wilson, pero algo es algo.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

Con estas palabras se dispuso a abandonar el lugar, pero Trazy intentó detenerle.

—Déjale Trazy —intervino Hank—, así podré denunciar a un periodista por calumnia.

El otro no se amilanó.

—Nunca hago nada hasta que me aconseja el abogado.

Eva se adelantó con una extraña expresión en su cara. Comenzó a hablar lentamente, como estudiando el efecto que habían de causar sus palabras.

—A lo mejor, mi marido te convence de que no lo hagas.

—¿Quién? —Esta vez Terry quedó realmente impresionado.

—Mi marido: el señor Henry Dunn.

—¿Esta noticia es verdad?

—¡Pues, claro que sí! —aseveró Trazy, cazando al vuelo las posibilidades de la declaración de Eva y sin atender al susto que la mirada de Hank expresaba—. Le aconsejo un poco de prudencia si no quiere salir malparado.

—¿Por qué lo llevan tan en secreto?

—No queríamos que se supiera nada de momento. Preparamos unos cuentos nuevos para Eva y la noticia de su matrimonio podría estropearlo.

—¿Y pretenden que no diga nada de esto?

—Es su obligación por lo que nos ha hecho —sentenció Trazy—. Vámonos; le llevo en mi coche a la ciudad y le explicaré el asunto.

Una vez solos, Hank se desplomó en un sillón con el aire de un hombre que acaba de vivir un trance mortal.

—¿Por qué se te ocurrió decir eso?

—Me pareció una gran idea de momento —explicó Eva sentándose mimosamente a su lado.

—Es lo peor que podía haberse ocurrido.

—¿Te molesta ser mi maridito? No creo que sea muy desagradable tener una mujer como yo.

—Es que, casualmente, mi querida Eva, yo ya me he casado.

La muchacha se sobresaltó, pero inmediatamente la comprensión se reflejó en su mirada.

—¡Ah, la del café Mario!... Callahan.

—Sí, Tig Callahan.

—Bueno —dijo ella transparentando en su voz la decepción y el rencor que la noticia había engendrado en su corazón —todo

esto te ha complicado la vida, ¿verdad Hank?

El se acercó al teléfono y marcó el número de su oficina.

—¿Cuándo te has casado?

—Durante mis vacaciones... Oiga, Grace —dijo cuando obtuvo la comunicación—, ¿mi señora ha llamado? Ah, aún no...

Decepcionado, colgó el aparato. Eva había intuido inmediatamente lo que aquella llamada significaba.

—¿Estáis reñidos? —preguntó—. Mira, no lo tomes tan en serio, ya te acostumbrarás.

—¡Creo que no podré acostumbrarme!

—¿Por qué? Es sencillísimo. Hank. Mira, haga tu mujer lo que haga, tu deber es pedirle perdón. Es lo bueno que tiene el matrimonio... te acostumbrarás a la tolerancia, al perdón y a muchas otras cosas que no podrías conocer si siguieras soltero.

—Voy a avisarte un taxi —dijo

él volviendo a tomar el teléfono—. No expongas tus buenas ideas.

Pasó el rato. Se prepararon unos combinados, pero dieron las doce sin que el taxi se hubiera presentado. Hank impaciente volvió a llantar a su secretaria. Su esposa no había llamado todavía y, en vista de ello, le dijo que podía cerrar el despacho y marcharse.

—Hank —insistió Eva—, a pesar de la cantidad de bizcochos infantiles que te he hecho vender, ¿no me quietes siquiera un poquito?

—No, no te quiero. Ni siquiera un poquito.

Ante la puerta de entrada del palacete, unos coches cargados de policas, se detuvieron. Willie Wilson descendió de uno de ellos y mostrándoles su domicilio dijo con un gesto teatral:

—Bueno, cumplan con su deber. Adelante, yo esperaré a los periodistas.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

DIVORCIO

El tiempo se le hacía a Tig largo, desmesuradamente largo y árido, mientras aguardaba a que su marido la llamara por teléfono.

Toda la tarde pasó así, atenta solamente al sonido del timbre que había de devolverle la felicidad. Sonó muchas veces, pero en ninguna estuvo Hank al otro extremo del hilo. Lo mismo que él en su oficina, alargó indecisa la mano muy a menudo hacia el aparato, pero siempre la detuvo su amor propio.

A última hora, Cris fué a verla acompañado de un severo personaje a quien presentó como su abogado, el señor Thompson. El instinto de intrigante del em-

presario le había hecho ver en la actitud de Tig para con su marido aquella mañana que una pelea seria se avecinaba, lo cual era una ocasión inestimable para forzar a la joven a pedir el divorcio y reintegrarse a sus tareas teatrales. Por eso estaban allí con Thompson, para aprovechar el momento psicológico.

—El señor Thompson quiere hacerle unas preguntas —manifestó cuando estuvieron sentados en la salita donde ella los hizo pasar amablemente, completamente ignorante del asunto que allí podía llevarles—. Será muy breve y no molestará mucho. Hable, ¿qué espera Thompson?

—¿Dónde se celebró su matrimonio? —preguntó el aludido.

—En Virginia —repuso Tig.
—Bonito Estado... muy bonito ¿Existe otra mujer?

—No.

—No, no...

—Lástima. ¿La pegó a usted?

—Me pegó a mí —intervino Cris.

—Pero, ¿cómo iba a pegarme! —exclamó la joven cada vez más extrañada.

—Lástima. ¿Ha sido cruel, brusco y amenazador?

—Lo fué conmigo —volvió a intervenir el empresario.

—Carifoso, tranquilo, alegre... —contrapuso Tig con nostalgia— amable hasta la exageración y lo sigue siendo. El único defecto que tiene es que es cabezota.

—Perdóneme, ser cabezota no es un motivo de separación...

La joven lo vió entonces todo claro.

—Pero, ¿quién ha hablado de separación?

Cris se puso en pie y comenzó a accionar de un modo vehemente.

—Yo, Tig. No sea usted egoísta. Así se podrá casar con Oscar y salvar mi obra del fracaso.

—Pero el disgusto de Tig había ya desaparecido. Estaba arrepentida de su pelea con Hank y

a cada momento que pasaba creía amarle más.

—Eso es cosa suya, no me interesa.

—¿Pero no lo comprende? Perderá su trabajo, se lo prometo.

—Es curioso, Cris, esta mañana ese trabajo me parecía importante. Ahora, no significa nada para mí.

El empresario pasó nerviosamente arriba y abajo, expresándose teatralmente:

—Oiga, Tig. Soy un pobre viejo, me quedan pocos años de vida y puede que esta sea mi última obra. Con Oscar de primer actor, elevarán un monumento a mi memoria y así podré bajar tranquilo a mi tumba.

Ella no se dejó impresionar por su ficción.

—Es un final muy malo para mi segundo acto, Cris —dijo burlonamente.

—Lo único que le pido...

—Márchese

—Está bien, Tig. Siga su camino y ojalá sea muy feliz, pero si se ve en algún apuro, si necesita usted un amigo, acuda a mí, esté donde esté y la venganza será terrible.

Tras estas palabras, abandonó el departamento seguido de su

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA



- ¿No piensa darle un beso?

- ¿Que no es un matrimonio?



Después de la ceremonia...



Eva y Tig no eran muy amigos.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA



—¡Mi jefe! ¡Ay, Dios
mío!

—El juez no llega hasta
las nueve de la mañana.



—Está en Nueva York y
a salvo. Me «atraenquillo»



—¿Te molesta ser mi
maridito?

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA



- Quiero que me digas
si me has echado mucho
de menos.

- Tienes la mejilla man-
chada de colorote.



—¿Quiere un cigarrillo,
Oscar?



Diana era la mejor amiga
de Tig

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA



—Espérame, Hanky!



—Nunca hubo un Rafferty capaz de pegar a un Sullivan.



- Deseaba ponerme este
velo; no intente usted qui-
tármelo.



- Tig, no haga usted
eso. Soy un pobre viejo.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

sorprendido abogado. Cuando la puerta se cerró tras ellos, la joven se dirigió a Carlos que volvía del recibidor.

—Carlos, a las doce y dos minutos voy a llamar por teléfono.

—Bien, señora.

—Pero... ni un momento antes. Eso, Carlos, es lo que se llama una victoria moral.

Tig llamó, efectivamente, a la oficina, solamente unos segundos después de que Hank lo hiciera por última vez. La secretaria aún estaba allí y la informó del lugar dónde su marido se encontraba.

—Carlos... ¿qué habrá ido a hacer allí?

—No lo sé, señora.

—Ya está. Comprendido: desea asustarme—. Tomó una súbita decisión y añadió: —Carlos, trae el coche. Vamos a sorprender al caballero...

—Sí, señora.



El coche que conducía a Tig y Carlos se detuvo ante la espléndida residencia de Willie Wilson. Este, que continuaba aguardando en la escalera la llegada de los reporteros, tomó a la joven por uno de ellos y salió a recibir-

la con los ojillos brillantes de excitación.

—Oiga, ¿dónde está su fotografía?

—¿Mi qué? — preguntó ella asombrada.

—¿Cómo va a hacer una información sin fotografías?

«Este hombre está loco» — pensó ella.

—La policía los va a detener ahora mismo — continuó el viejo confidencialmente.

—¿Detener a quién?... ¿por qué?

Willie pareció desconcertado.

—¿No le ha dicho nada su director? Se trata de Eva Star y Hank Dunn. Vinieron a mi casa y se comportaron de un modo que acabaron por echarme...

Tig, horrorizada, abrió la boca como para decir algo, algo que aclarase en sentido de aquellas palabras que parecían haberse clavado en su alma, pero antes de que lo lograra se abrió la puerta de la casa y un ruidoso grupo asomó al exterior. Eran Eva, Hank y los policías que los conducían detenidos.

Al encontrar a su esposa allí, Hank quedó helado de pánico.

—¡Tig! — exclamó.

Ella le miró fríamente sintiendo que, de pronto, todo su amor

se había convertido en odio. Aquellas horas que acababa de pasar aguardando su llegada hasta que, rechazando su amor propio, tomó el teléfono como renuncia a su actitud de esposa ofendida, fervientemente dispuesta a ser dulce y comprensiva, le dolieron rabiosamente. La conciencia de su violenta posición la ultrajaba, se sabía en ridículo, y, para colmo, sentía sobre ella, triunfante, la mirada cínica y burlona de la Dama del Sol.

—Tienes la mejilla manchada de colorete —dijo lentamente, rebosando hiel en sus palabras.

—Te aseguro que vine solamente a... —comenzó él, intentando en vano a darle a entender lo que en realidad había ocurrido.

—Ya le contará usted esa historia al juez —le interrumpió Willie con su voz cascada—. ¡Llévenlos pronto!

Los policías arrastraron a Hank hasta el coche. Iba gritando desesperadamente:

—¡Tig, oye, tienes que escucharme!...

Ella vio cómo se lo llevaban apatentando indiferencia, pero conturbado su espíritu por un huracán de violentas pasiones. Eva pasó por su lado.

—Se ha perdido usted lo me-

jor —dijo mordazmente—. Lástima que no haya venido antes: ha sido magnífico... ¡Espérame, Hank!

Cuando los coches de la policía se alejaron, Carlos, testigo silencioso de la escena, inquirió tristemente:

—Señora... ¿dónde vamos?

Y ella, adelantando la hermosa barbilla en un gesto decidido, respondió secamente:

—A Reno.

La posición en que las desagradables circunstancias la habían colocado, no podía ser más indignante. No solamente Hank se había burlado rudamente de ella, sino que la Dama del Sol la había vencido de una manera rotunda. Nunca hubiera sospechado que aquella mujer vulgar, carente de atractivos espirituales, con su burdo sistema de atosigar a su marido con empalagosas manifestaciones de cariño pudiera llegar a interponerse en el camino de su felicidad, cuando no albergaba la menor duda de que Hank la amaba apasionadamente. Esto era lo que más le dolía: el ser derrotada por una mujer que consideraba inferior a ella en todos los aspectos.

Todo el encanto que la maravillosa noche en Long Island pu-

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

diera tener, le pasaba completamente desapercibido. Para ella no había fragancia de flores en el aire ni pálidas estrellas refulgiendo en la negra bóveda del cielo. Lo único que existía era una amarga desolación que invadía su alma, una espina de encono y despecho que se hundía lacerante en su corazón.

De haber analizado la situación desde un punto de vista libre del apasionamiento que forzosamente había de embargarla, quizá hubiera obrado de manera distinta. Sin embargo, siendo la esposa de Hank y testigo de lo que había presenciado, no podía tomar otra resolución. El coche enfilaba ya la carretera de Reno.

RENO

RENO es un pueblecito de Nevada que, como población, carece por completo de atractivos especiales. Tiene, eso sí, un maravilloso paisaje, pero ello es una característica más o menos común a todos los lugares del pintoresco Estado. Sin embargo, hay siempre en Reno un enorme movimiento de forasteros, de los cuales un noventa por ciento son mujeres. Mujeres de todos los tipos, de todas las edades, de todas las condiciones y, casi, de todos los colores. El divorcio, esa plaga, típicamente americana, las lleva allí, porque de todos los Estados Unidos, es Reno la población donde las separaciones

se tramitan más aprisa y más fácilmente.

En las afueras, un hotel habitado exclusivamente por futuras ex esposas, Tig Callahan aguardaba el fallo del tribunal que había de devolverle su libertad de soltera. El lugar presentaba curiosas características, con su población femenina ataviada de mil exóticas maneras: trajes de baño, pantalones deportivos, atuendos que evocaban los de los cowboys que en las praderas ejercían el pastoreo, vestidos ciudadanos, etcétera.

La monotonía en el hotel-rancho, se veía interrumpida de vez en cuando por la llegada del cartero o de alguna nueva opositora

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

a divorciada, recibida con el jorgio y el buen humor que eran la nota imperante en la colectividad. Las diversiones eran el deporte, el goce absoluto de la naturaleza, algún partido de bridge y la conversación, salpicada de recuerdos de la vida matrimonial. Todas aquellas mujeres, que buscaban allí el verse libres de un marido que se les había hecho odioso, añoraban en el fondo su persona y hubieran abandonado gustosas la posición en que el orgullo herido las colocaba, si él se hubiera presentado a buscarlas. Para unas, humilde e implorante; para otras, decidido y dominador... según los gustos. Lamentaban sinceramente no haber sido capaces de retener a sus esposos, pero comprendían que ya no era posible para ninguna de ellas la vuelta al hogar que había sido destruido.

Una mañana, una de tantas mañanas rutilantes de sol, el amable cartero llegó al hotel y se vió inmediatamente asediado por un coro de impacientes señoras.

—Hay carta para mí?

—¡Qué alegría! A ver si tengo algo...

—Yo espero una...

—Señoras, señoras, calma —

se lamentaba apabullado el pobre hombre—. Hoy traigo muchas: Señora Watson, señora Dunn...

Tig, que formaba parte del grupo, tomó la carta dirigida a ella y la leyó en voz alta a sus compañeras.

—Buena suerte, Tig. Continúa la lucha. Te esperamos con los brazos abiertos. Cris y Oscar.

—¿Ex o futuros maridos? — preguntó una al oír estas breves frases.

—Compañeros de negocios.

La lectura de cartas se vió interrumpida por la llegada de Diana, otra de las residentes en el rancho, que había ido a Reno a recibir de manos del juez el fallo de su demanda de divorcio. Entre ella y Tig habíase ligado una firme amistad durante la temporada en que ambas habían permanecido juntas allí. Todas la rodearon, saludándola efusivamente. Una preguntaba:

—¿Qué ha pasado? ¿Has discutido mucho?

Y otra:

—¿Qué te ha dicho el juez?

Ella anunció triunfante:

—Soy la ex señora de Thompson.

Tig la miró con una mezcla de

satisfacción y desaliento, temblando por el difícil momento en que ella podría también anunciar que era la ex señora de Dunn.

Por la tarde, mientras estaban jugando una partida de cartas, llegó un telegrama dirigido a Ting. Esta, que habiendo recibido correo aquella misma mañana, no se explicaba lo que podía significar, lo leyó asombrada:

—«Voy a buscarte hoy mismo. Llegaré casi cuando recibas éste. Ten hecho el equipaje o te daré un puñetazo en la nariz.—Hank».

—¿Quién es Hank? —interrogó una curiosa.

—Mi marido.

—¿Siempre es tan suave?

—Sí... es parte de su atractivo.

—¿Y qué vas a hacer con este hombre?

Tras unos momentos de duda, dijo con firme decisión:

—Cuando llegue, le decís que me he ido a Alaska.

—No te preocupes, si es guapo ya procuraremos que no se vaya —ésta fué la respuesta, entre risas generales, de la muchacha preguntona.

Diana, la hasta entonces señora de Thompson, estaba en su habitación tratando de qui-

tarse las botas de montar, tras un paseo a caballo, cuando sonó una llamada en la puerta.

—Adelante... —invitó—. A ver si es alguien fuerte.

Era Tig. Mientras, a petición suya, le ayudaba en la difícil tarea de descalzarse, le preguntó:

—Me dejas esconderme en tu habitación?

—¿Esconderte?

—De mi marido... —explicó la joven—. Está a punto de llegar y dice que viene a buscarme.

—Pues no te escondas mucho o no va a poder encontrarte.

—¿Quién quieres que me encuentre?

—Tu marido, no disimules —repuso la otra burlonamente— ojalá mi Jorge se presentara de repente mirándome con aquellos ojazos estúpidos que tiene... y me llevase a la fuerza.

—Creí que querías separarte.

—¡A, déjate de tonterías! Me encuentro aquí por la misma razón que están las otras... por no saber retener a mi marido, ese granuja encantador.

Un claxon, sonando insistentemente bajo la ventana, interrumpió la conversación y se oyó una voz que, desde el exterior llamaba:

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—¡Tig!

La joven se estremeció.

—¡Ah, ha llegado ya!

—Corre, márchate, no se te vuelva a perder —aconsejó su amiga.

—¡No!

El claxon seguía repitiendo su llamada.

—¡Corre si tienes sentido común, no le dejes escapar!

—¡Ah, qué bocina tan molesta! —gritó desesperada Tig—. ¡Me he marchado a Alaska!

En aquel momento la bota de Diana salió de su pie y merced a la fuerza con que Tig tiraba de ella, ésta fué a parar a la ventana. Hank estaba abajo en el coche.

—¡Hola, nena! —saludó sonriente.

—¡Márchate! —le repuso ella furiosa al verse descubierta.

—No, si tú no vienes conmigo.

—¡No!

Se apartó de la ventana para no dejarse vencer por la tentación de obedecerle, que sabía era más fuerte que ella. Diana se plantó delante suyo y le habló persuasivamente:

—Oye: deja aparte el orgullo, baja en su busca y no hagas otra tontería.

—¡He dicho que no! —A pesar de tantas circunstancias que intentaban doblegar su voluntad, siguió firme en sus propósitos—. No tienes idea de lo que ha hecho conmigo.

—Así podrás contar a tus nietos algo bonito.

Hank seguía atronando el espacio con su bocina y sus gritos hasta exasperarla. Volvió a asomarse a la ventana y le gritó:

—Con ese ruido no vas a hacerme bajar. ¡He dicho que te vayas!

Diana era muy astuta. Como el claxon enmudeciera y dejaran de oírse los gritos de Hank, siguiendo el impulso de una idea, se asomó a la ventana y dijo con acento triste:

—Vaya... lo conseguiste. Ya se marcha el pobre.

La reacción de su compañera fué inmediata. Volviendo a la ventana de un salto, se asomó llamando desesperadamente:

—¡Hank... Hank!

Pero él estaba abajo sonriente y se limitó a decir, como si no hubiera esperado otra cosa que lo sucedido:

—¡Corre, nena!

Tig estaba vencida. Diana sonrió satisfecha de su ardid y comentó:

—Lo que yo he dicho. Coge las maletas y baja corriendo, no vaya a arrepentirse.

Cuando bajó, un grupo de jóvenes rodeaba a su marido, haciendo uso de todas sus artes coquetileras para conquistarle.

—¿Por qué no se apea del coche y para un ratito? —insinuaba una.

—Ella no va a salir —insistía otra.

Al subir al coche, la despidieron cariñosamente.

—¡Qué te diviertas en Alaska, Tig! —exclamaban burlonas.

Se alejaron del hotel. La carretera serpenteaba ante sus ojos como incitándoles al viaje y el sol les acariciaba amablemente, mientras las montañas se asomaban, azuladas, a contemplar la dulce escena de la reconciliación de los dos esposos. La vida parecía sonreírles como no les había sonreído nunca, las perspectivas de felicidad eran desmesuradas, infinitas, el amor lo llenaba todo, ensombreciendo con su fulgor todo lo que no fueran sus personas y lo que a ellas atañía.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Tig.

—Esta carretera nos lleva a In-

diana, pero tengo que llevar este coche y devolverlo en Reno.

En medio de aquel agreste paisaje de Nevada hubieran así permanecido indefinidamente, amándose siempre, amándose eternamente.

—Deprisa Hank —dijo la joven estrechándose cariñosamente contra él, saliendo del ensueño en que suavemente se había sumido—. No quiero que perdamos más trenes.

Durante un rato corrieron en silencio.

—¿Me quieres Hank? —preguntó ella al fin.

—No.

Ella rió dulcemente.

—¡Qué bueno eres!

—Y muy embustero.

—Un poquito. ¿Verdad que era tonto dejar que una pequeñez separase nuestras vidas?

—¿Qué pequeñez era esa? —preguntó Hank aparentando ignorancia.

—Ya lo sabes... Me refiero a la noche de Willie Wilson.

—No quiero recordar eso.

Tig estaba dispuesta a reconocer que se había equivocado fiándose solamente de las apariencias. Quería creer que Hank le habría dado una explicación si se la hubiese pedido, pero la ac-

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

titud de su marido, decidido a que todo quedase olvidado como si sobre lo pasado se hubiese corrido un tupido velo y negándose en absoluto a pronunciar una sola palabra referente a tal asunto, reavivó poco a poco a sus suspicacias. Prosiguiendo este camino, su nerviosismo fué poniendo en la conversación que tan dulcemente comenzara una tensión que llegó a hacerse imposible de soportar.

No vamos a estar siempre pensando en todo lo que hemos hecho, porque sería inaguantable, ¿verdad? —Hank terminó por sentirse ligeramente molesto, aunque trataba de evitar cualquier roce—. Ya ha pasado, y realmente no tiene importancia.

—Tanta importancia como emprender el camino a Nueva York o a Reno.

—Está bien, Tig... No tengamos otra mala interpretación— dijo él encogiéndose de hombros. Consultó su reloj y añadió, dando vuelta al control de la radio—. Ya me has hecho perder la primera parte de mi programa.

La voz de la Dama del Sol surgió del aparato:

—«Y el ratoncito Nankie Pan-

ky dijo: He venido a despedirme de ti, ratita Eva. Ella dijo llorando: Pero si tú me quieres. Y el ratoncito contestó: Sí, pero Tiggi la gata me necesita...»

Tig, en un rápido movimiento apagó la radio y se volvió furiosa a su marido:

—¿Y ahora qué me dices, Hanky Panky? —dijo incisivamente—. La gatita Eva... Hanky Panky...

—Pero Tig...

—¡Y yo soy Tiggy, la gata!

—Si se trata de un programa —arguyó él confuso.

—¡Es un mensaje para ti!

—Eva acostumbra a gastar estas bromas.

De la reconciliación no quedaban los más ligeros vestigios.

—¿No preparas tú lo que se dice en los programas?

—Un poco de calma, Tig... Vine a buscarte porque te quiero.

—¿Y qué pasa con la ratita Eva? Eso era un mensaje de amor, no lo niegues.

El cielo, que hasta entonces vistiera un azul radiante, comenzó de pronto a encapotarse. Sordos truenos resonaban cada vez más cerca, hasta que, inesperadamente, la lluvia cayó sobre

ellos. Enfrascados en su discusión, no se dieron cuenta de nada de lo que discutían.

—Mira, Tig... si nuestra felicidad depende de estos programas o piensas que hubo mala intención en lo de casa de Wilson, te advierto que no me interesa.

—¿Qué dices?

—No me interesa vivir siempre amenszado por sospechas y celos.

—No te preocupes por cómo vas a vivir—dijo Tig cada vez más acalorada—porque no te molestaré con mi presencia.

Desde luego que no —estalló Hank—. Porque no me quedará para que me molestes.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí.

—Está bien. Ahora ya hemos terminado para siempre.

Habían ya llegado a Reno, y en aquel momento pasaban frente al Palacio de Justicia, Tig gritó:

—¡Para el coche!

—¡Con mucho gusto!

Ella ascendió la escalinata bajo la lluvia.

Hank la dejó partir abrumado por un cúmulo de sentimientos

que en vano pugnaba por alejar de sí. Comprendía perfectamente que aquella violenta escena había dado al traste definitivamente con su matrimonio. Toda la ternura que embargara los primeros instantes de su reconciliación, se había esfumado como la bruma de una madrugada se deshace bajo los rayos del sol ascendente. Quería convencerse de que la separación le dejaba indiferente, que era lo más sensato, lo más adecuado a que se podía llegar, dada su incompatibilidad de caracteres. Deseaba fervientemente evocar la figura de Tig como la de una mujer perversa e inaguantable, llena de suspicacias, de celos y absurdos celos con la cual era imposible convivir; quizá, bajo el influjo de la ira que la discusión había despertado en él, lo lograba en parte, pero en el fondo, la presentía tan adorable como en el momento en que sellaron su enlace en las cálidas tierras de Virginia.

Los sentimientos de Tig eran muy semejantes a los de su esposo. Su enamorado subconsciente luchaba con el orgullo que era cualidad esencial a su carácter, sintiéndose herida por una

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

nueva afrenta, una nueva humillación en la que, ingenuamente, había sucumbido hasta acceder a la indigna reconciliación que Hank había ido a buscar a Reno.

Ninguno de los dos percibía la lluvia que calaba sus ropas, y que se interponía entre ellos como símbolo de la infranqueable barrera que los separaba.

NO VA A VER LUNERO

TIG VA A VER UN MEDICO

DESPUES de separarse de su marido, Henry Dunn, agente publicitario, Tig Callahan ha vuelto inmediatamente a dar los últimos toques a la obra de Mac Clelland, en la que será estrella Oscar Blix... se arregla el asunto de la inmigración con las autoridades.

Eva terminó de leer la noticia y miró por encima del periódico a su acompañante. Se hallaban sentados en la barra del Mario tomando unos combinados.

—A ver quien ganó las carreras —dijo Hank distraídamente, como si el oír hablar de su ex mujer le dejase indiferente.

—No quieras engañarme... te

ries como un payaso y estás llorando por dentro.

—¿Por qué se te ocurre esta tontería?

Pero Eva tenía razón: Tig llenaba todavía su pensamiento. La amaba con la misma pasión que en el momento en que el juez, allá en Virginia, los había unido en matrimonio y, aunque ella demostrase lo contrario en su modo de proceder, sabía que también seguía amándole. Había prometido quererle siempre y lo cumpliría, aunque las circunstancias, las suspicacias y los reaquezores se interpusieran. La Dama del Sol, con su intuición femenina, calibraba en su justo valor

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

la situación, y ello la exasperaba porque comprendía que la atracción que ejercía Hank sobre ella no sería jamás compensada. Le dolía perder toda esperanza, pero no parecía haber otro remedio.

—Todavía estoy loco por ella —concedió él abatido.

—No he pegado a un hombre en mi vida —dijo Eva nerviosamente—, pero ahora te rompería la cabeza por estúpido. Sácame de aquí porque voy a armar un escándalo.

En la puerta tropezaron con Tig, que llegaba acompañada de Mac Clelland. El encuentro encandiló la mirada de Hank, que observó a su esposa con emoción, pero ella se mostró fría y cambió con él unas frases banales, cortando cualquier intento de reanudar sus relaciones con una despedida indiferente. Sin embargo, al sentarse junto a Cris en la barra, se cubrió los ojos con la mano para disimular una fugitiva lágrima.

—¿Qué le pasa, Tig? ¿Alguna arenilla?

—No... —repuso ella rebañándose—, me hacen falta gafas.

—Le molesta verle con Eva, ¿eh?

—Sí. Además, es que no me encuentro muy bien.

—¿Le quiere todavía?

—¿Usted qué cree?

No podía ocultarlo; seguía queriéndole. Esto era evidente, hasta para Cris.

—Creo que lo quiero todavía a pesar de todo lo que ha hecho.

—Es curioso... —dijo pensativa—. Sólo recuerdo lo que he hecho yo y sé que no está bien. Lo único que me impide darme por vencida, es el amor propio. El orgullo es una manía estúpida...

—No se deje usted abatir. Es un granuja. Desciendo de una generación de granujas y los conozco.

De pronto, ella pareció acometida de un vahído. Su rostro palideció, se llevó una mano a la frente y vaciló.

—Tig, ¿qué le pasa? —preguntó Cris asustado—. ¿quiere agua?

Media hora después, todos los proyectos de Mac Clelland se habían derrumbado: la naturaleza pudo más que su voluntad. Ha-

bía acompañado a Tig a casa de un médico, y, una vez terminada la visita, la vió salir del consultorio con una mirada extraña, como perdida en el vacío...

—No puede ser —decía a media voz.

—¿Y usted qué sabe? —respondió el doctor que la acompañaba hasta la puerta—. ¿Acaso es usted médico. — Luego añadió, dirigiéndose al empresario y tomándole evidentemente por el marido—: Le felicito, caballero: va a ser padre.

Si Cris no se desmayó, le faltó poco.

—En Hank nunca confíe—manifestó cuando recuperó el aliento—, pero usted... ¿cómo pudo hacerme eso, Tig?

—Necesito ver a Hank —dijo ella, sin hacerle caso.

—No olvide, Tig, que me lo juego todo. Esa comedia se estrena.

—Mi defensa se ha derrumbado —continuó ella dulcemente, soñadora—. Mi resto de amor propio ha desaparecido. Mire usted, Cris: creo que he encontrado el camino de ser una buena esposa, pero no tengo marido,

—Bueno, tenemos a Oscar... por eso no se apure.

—Voy a casa de Hank a comunicarle la noticia. Me tragaré el orgullo y el amor propio para volver a él.

—Está bien, Tig —dijo él, desalentado, impotente ante los impulsos de aquel amor—. No olvide que si necesita algo cuenta conmigo... esta vez de verdad.

Un sentimiento nuevo, algo que Tig nunca hubiera soñado experimentar, invadía su alma borrando todo cuanto podía relacionarla con la realidad. Era algo semejante a una inefable dulzura que, naciendo de un punto desconocido de lo más hondo de su yo interno, se iba extendiendo por todo su ser y, al llegar a los ojos, se condensaba en un irreprimible cosquilleo que presagiaba tiernas lágrimas de felicidad. Atravesaba una rosada embriaguez que unas deshilachadas nubes de crepúsculo primaveral salpicaban; cada una de estas suaves nubes parecía llevar impresa la trascendencia de la noticia que acababa de recibir y que pugnaba por confiar a Hank de un modo apasionado. Una sutilización

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

de sus mejores cualidades femeninas la sumergía en esta embriaguez, íntima y desconcertante, como producida por una extraña y exótica droga.

Era cierto que no tenía marido. Su malhadado orgullo la había llevado a dejar abandonada al borde del camino de su vida la felicidad que en un determinado instante había surgido para acariciarla con sus aterciopeladas alas. En su nuevo estado de ánimo no concebía cómo había podido ser tan inconsciente. Sin embargo, tenía la absoluta seguridad de que, pese a los malentendidos interpuestos entre ellos, Hank seguía amándola como le amaba ella. Era una seguridad subconsciente, mejor podríamos llamarla una intuición.

El sonido de un claxon la hizo volver al mundo real para darse cuenta que caminaba hacia el departamento de Hank. Abandonando sus pensamientos, chistó a un taxi y prosiguió en él su ruta.

Cris Mac Clelland era un gran estratega. No bien se encontró solo se dió cuenta de que tenía una posibilidad de evitar que

Tig le abandonara, dejándole con la comedia en suspenso y con Oscar en peligro de ser repatriado.

De camino a su despacho elaboró cuidadosamente su plan y una vez allí telefonó a la dama del Sol. Ella había de ser el instrumento que utilizaría para recobrar a su enamorada directora escénica. Para ello la puso al corriente de las últimas noticias, aconsejándole que si no quería perder indefectiblemente a Hank evitase que se pusiera en contacto con su esposa. Debía luchar con todas sus fuerzas y hacer lo que fuera, pero hacerlo deprisa. Eva asintió a todo, agradeciéndole en lo que valía la información. Quedaron citados en casa de Hank para media hora más tarde.

Cuando terminaba de hablar, Oscar entró en la oficina. Cris lo recibió destempladamente.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?

—Mario contar a mí lo de Tig.
¿Cómo está?

—No está enferma, pero está loca. Y no se preocupe por ella, sino por mí.

—¿Está usted enfermo?

—No, pero lo estaré cuando lo devuelvan a usted a su tierra.

—Oh, es muy hermosa mi tierra —dijo Oscar, soñadoramente—: es acogedora, todo el mundo querirme... lástima que esté muy lejos. Iré a morir a ella algún día.

—Bien pensado, pero cuando haya estrenado la obra.

Repentinamente, el rostro de Cris se iluminó. Las palabras «iré a morir a ella algún día» le habían dado una idea, una gran idea.

—Va usted a venir conmigo— dijo, disponiéndose a salir— y pase lo que pase, no despegue los labios.

Tig Callahan entró en el departamento de Hank saludando alegremente a Carlos, el criado negro.

—Tengo una sorpresa para usted —dijo—. Seré otra vez señora de Dunn... si puedo.

Al cruzar el umbral de la sala, toda su alegría se enfrió. Sentada en un sofá estaba Eva Star jugueteando con un velo de desposada.

—Espero no molestar.

—Cuando dos mujeres que se

odian se encuentran —repuso con sorna la Dama del Sol— una molesta.

Tig se sentó en un sillón.

—Creí que no le gustaba esta casa —prosiguió la otra.

—La que no me gustaba era usted... estaba celosa, si eso la complace.

—No sabe usted hasta qué extremo.

—Pero ahora me he convencido de que no tenía motivos para ello en absoluto, aunque sé que ha hecho lo que ha podido. La única que ha separado a Hank de mí he sido yo.

Eva asintió.

—Yo tenía el pensamiento de pescarle hace años, pero era difícil... hasta que usted apareció y le arrojé en mis brazos con facilidad. Ahora es mío y me quiere. Tenemos nuestros planes...

Se levantó, y con gesto teatral se puso el velo de novia, contemplándose en un espejo.

—Perdió usted la ocasión— prosiguió—, deseaba ponerme este velo... no intente usted quitármelo. Piense usted por el bien de Hank, que no sería justo que volviera a atraerlo.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

Tig, cuyo bondadoso e ingenuo corazón había sentido dolorosamente los efectos de aquella escena, se levantó.

—No, Eva. No haré nada para entorpecer su felicidad.

Sin decir nada más, abandonó desolada el departamento, pasándole desapercibida la burlona sonrisa de superioridad de la Dama del Sol.

Sentía como si repentinamente un enorme castillo que había construido en el aire se derrumbaba sobre ella. Ahora más que nunca la aturdió la conciencia de haberse conducido con respecto a Hank con una falta de ecuanimidad rayana en la tontería. Lo que Eva había dicho podía ser perfectamente cierto: de un modo irremediable, había distanciado a su marido hasta arrojarlo en los brazos de ella.

La ilusión que la embargaba cuando cruzó el umbral del departamento se había esfumado, dejando paso a una congoja mortal y las lágrimas de felicidad que se apretaban en sus ojos pugnando por brotar, se habían transformado en lágrimas de dolor. Lo peor del caso era que, si las circunstancias eran las que la

Dama del Sol le había presentado, resultaba imposible hallar una solución que satisficiera sus impulsos de ternura y el amor hacia Hank, que la noticia que le diera el doctor había centuplicado.

No albergaba en su corazón rencor ni odio alguno hacia nadie. Comprendía que no podía luchar contra Eva, aunque siempre le había parecido inferior en todos los conceptos e incluso despreciable. Se sabía vencida, total y definitivamente vencida por la concatenación de los hechos ocurridos últimamente, y a los que ella misma había prestado el apoyo necesario a su génesis. Un cansancio supremo la invadía, comunicándole ansias irreprimibles de llorar apoyada en el hombro de alguien, fuera quien fuese, con tal de ser amigo.

En el descansillo tropezó con Cris, que llegaba. Llorosa, se refugió en sus brazos.

—¡Ah, Cris! Hank y Eva se van a...

—Se van a casar, ¿verdad?— interrumpió él, disimulando su satisfacción—. Pues claro, todo el mundo lo sabe. Ya lo han dicho por la radio. No tiene remedio. Tig.

—Por mi causa... he sido yo... —lloró ella.

—Vamos, no solamente de esta manera. Usted ha perdido a Hank, pero el pobre Oscar va a perder la vida.

—¿Cómo?

—Sí, es seguro que le deporten —Cris comenzó a poner en práctica el plan que se había trazado—. El pobre vino a verme esta tarde llorando sin consuelo. «Cris, dijo, sálveme o me muero.» Me ha confesado que en su país está muy perseguido. Todos los meses en su pueblo cuelgan su retrato y celebran una fiesta. Los niños pequeños cantan canciones alusivas... Su vida está en sus manos, Tig.

—¿En las mías? —la sarta de mentiras había producido el efecto deseado—. Es su última esperanza. Venga conmigo, celebraremos la ceremonia en Nueva Jersey.

Abandonando un instante a Tig, sacó la cabeza por la puerta del piso de Hank.

—Vamos, Eva —llamó.

Apenas hubo salido, Carlos cogió el teléfono.

—Oiga, quiero hablar con el señor Dunn. Es importante, muy importante.

Este habíale puesto al corriente de lo ocurrido en su departamento, narrándole con todo detalle la escena entre la Dama del Sol y Tig. Para el negro, resultaba evidente que toda la romántica tragedia no era más que el fruto de la teatralista mente de Mac Clelland, y no podía consentir que por unas miras tan interesadas se destruyera arbitrariamente la felicidad de su joven señora, que tan amable y simpática había sido con él. La reacción de Hank fué violenta ante la maquinación urdida por el empresario. La ocasión de recuperar a su esposa le parecía de perlas, pero para ello era preciso arrancarla de manos de Mac Clelland y su camarilla.

Tig había dicho: «Seré otra vez la señora de Dunn... si puedo». Estas palabras, repetidas por Carlos, sonaban a oídos de Hank como música celestial. Por su parte, las posibilidades existían de un modo sobreabundante y se las ofrecería con toda la prodigalidad de que podía ser capaz. Olvidado de todas las rencillas pasadas, veía de nuevo en Tig la mujer adorable de la cual tan poco había podido gozar.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

turbada continuamente su luna de miel por las ingerencias del atajo de bandidos teatrales que la rodeaban.

Rebosando agradecimiento ha-

cía su criado, se había aprestado a partir en busca de la fugitiva felicidad que, materializada en el coche de Mac Clelland, huía por las calles neoyorquinas.

PERSECUCION

A PENAS Hank recibió el aviso telefónico de su criado, se apresuró a lanzarse en persecución del coche que llevaba a Tig, Eva, Cris y Oscar, no sin antes proveer de gasolina el depósito de su Chevrolet descapotable y recoger al fiel Carlos. Sin hacer caso de las señales de tráfico y desobedeciendo todas las leyes de circulación, ambos automóviles atravesaron la ciudad a una velocidad pavorosa, que se hizo todavía más escalofriante al salir a campo abierto. A los pocos kilómetros de carretera, Carlos avisó:

—Ya están ahí, señor.

En efecto, habían logrado alcanzar a los fugitivos, cuyo negro coche se divisaba ante ellos. Durante largo trecho corrieron así, intentando Hank disminuir la distancia que los separaba, sin conseguirlo de una manera definitiva. Carlos se tapaba los ojos con las manos para no ver el choque que el modo suicida de conducir de su dueño hacía parecer inevitable y los cabellos se le erizaban cada vez que era preciso tomar una curva o cruzarse con otro auto. Sin embargo, el accidente no se produjo y, de pronto, el joven dijo dando con el codo a su asustado criado:

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—Estamos de suerte, Carlos. Los persigue la policía.

Así era. Un policía de tráfico que había apreciado que la velocidad que Cris imprimía a su coche era muy superior a la que las leyes fijaban para aquella carretera, se había lanzado en su persecución, con su potente motocicleta.

El auto de Hank pasó ante otro agente que estaba multando a una señora.

—¿Por qué no multa usted a ese? —dijo ella—. Va a mucha más velocidad que yo.

El guardia se quedó con la boca abierta ante la desvergüenza que representaba el correr de aquel modo por una carretera infestada de policías.

—¿Intenta usted enseñarme mi obligación? —respondió, furioso—. Pues le multaré.

Poniendo en marcha su máquina, se dispuso a alcanzar a aquellos desaprensivos.

—No mire usted, señor Dunn —dijo Carlos, viendo lo que ocurría, pero horrorizado ante la idea de que el joven apartase sus ojos de la carretera—, pero también nos persiguen a nosotros.

Tanto el coche de Cris como el de Hank se pararon y los representantes de la autoridad llegaron a cada uno de ellos.

—A ver... ¿adónde va usted que lleva tanta prisa? —preguntó el que diera alcance al empresario.

—Voy a ver al juez de paz.

—Se pondrá muy contento. Hay muchos detenidos por la cuestión del tráfico, y si tiene usted suerte no le encerrará más que treinta días.

—¿Cuál es su nombre?

—Rafferty.

—El mío O'Leary —Cris bautizó con apellidos escoceses a los ocupantes del coche al conocer el del policía, con objeto de despertar sus simpatías—. La señorita Callahan... y el señor Mac Guillycudy.

—¿Y qué?

—Se han fugado.

—¿Es cierto? —el interés del policía comenzaba a excitarse.

—Y el padre de ella los persigue con una pistola.

—¿Es cierto?

—Es cruel y feroz, pega a su hija.

—¡ Ah! ¿A tanto llega?

Cris adoptó un acento plañidero:

—No permita que diga que un Rafferty se interpuso en el camino de su felicidad.

—Eso sí que no —el policía negó rotundamente al tiempo que ponía en marcha su moto—. En caso de urgencia se permite la velocidad, y éste es muy urgente. Sígueme.

CONATO DE BOXEO

En tanto, junto al coche de Hank se desarrollaba una escena parecida.

—¿Qué alega usted en su defensa? —preguntó el guardia.

—Que llevo mucha prisa.

—Sí, ya lo he notado —declaró el otro irónicamente.

—¿Pero no se hace cargo? Persigo a mi mujer.

—¿A su mujer?

—A mi mujer; se ha escapado con otro hombre.

—Pero eso no es legal... Si consigue escaparse se va a arrepentir, porque puede usted procesarla.

Hank protestó:

—Pero si no es responsable... Ha perdido la cabeza. La han obligado a ello. Déjeme pasar antes de que sea tarde.

—Bueno, pero... ¿no mentirá usted? Habrán ido al juez Allan, seguramente; está cerca. Sigárame.

El coche de Cris, precedido por Rafferty, llegó al pueblo y se detuvo ante la casa del juez.

—Esta es la casa —dijo el agente.

—Gracias repuso Cris, descendiendo—. Acompáñela, Oscar. En seguida entraré yo.

Apenas Tig, Eva y el actor habían desaparecido en el interior

de la casa, cuando Hank y su policía hicieron su llegada.

—¡Aquí está el padre! —gritó el empresario—. No le deje pasar... Si pasa, pegará a la muchacha.

—Pero... —dudó Rafferty— no tiene edad como para ser su padre.

—Bueno, es que en realidad es su padrastro... Además, se conserva muy bien.

Con estas palabras, Cris se escabulló hacia la puerta de entrada mientras el policía se plantaba delante de Hank, que descendía apresuradamente del auto.

—¡No, no pasa usted... mal padrastro!

—¿Qué?

—No puede usted pasar.

—Sí, sí —opuso el joven, forcejeando—; sí paso.

Sullivan, el otro guardia, intervino:

—Déjale en paz, su mujer está dentro... y pretende casarse con otro.

—Conque su mujer... ¡Idiota! Te has vuelto muy torpe, Sullivan, para creerte esa historia. Este tío es su padrastro.

—¿Y tú me llamas torpe? Es su marido.

Los dos tozudos y rudos agentes se enzarzaron en una violenta discusión sobre si Hank entraba o no entraba en la casa. Nacidos en el mismo pueblo, ambos se conocían desde niños y desde niños eran rivales. Su carácter escocés, unido a esta rivalidad, impedía que ninguno quisiera ceder un ápice de su posición y, agarrando firmemente al joven, tiraba cada uno de su lado mientras discutían acaloradamente.

Uno de los vigorosos ademanes de Rafferty alcanzó a Hank en plena barbilla y le hizo desplomarse momentáneamente atontado. Ello encolerizó terriblemente a Sullivan.

—Fíjate en lo que has hecho... —gruñó—. Menos violencia, Rafferty.

—¡Basta ya, Sullivan!

Adoptaron una actitud belicosa y se observaron ferozmente, balanceando los enormes puños y girando despacio en torno al caído como dos boxeadores a punto de iniciar el combate. Las viejas rencillas de clan escoceses hervían en su sangre.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—Nunca hubo un Rafferty capaz de pegarle a un Sullivan...

—Pregunta a tu padre.

—No me hace falta preguntarle: sé muy bien lo que me digo.

—Conque sí, ¿eh?

Un grupo de curiosos se reunió en torno de los dos colosos, atraídos por la inminencia de la lucha.

PAREJA FELIZ

EN la oficina del juez, Cris estaba intentando llevar a cabo el matrimonio, cosa que se presentaba en extremo bastante complicada.

—Usted es el novio, si no me equivoco... —decía el juez Allan a Oscar.

—Sí.

—Magnífico, muchachos... enhorabuena. Miss Callahan, ¿usted es la feliz prometida, verdad?

—¿Usted cree? —Tig parecía desconcertada por todo lo que allí estaba ocurriendo. Pero más desconcertado parecía el juez.

—He dicho: usted es la feliz prometida, ¿no es así?

—Prometida... —dudó ella—. ¡No, no!

—Quiere decir así —aclaró Cris.

—Le he oído decir «no» —protestó Oscar.

—No se meta usted en esto —le espetó enfurecido el empresario—: acepta usted, ¿verdad?

El juez, atolondrado, impuso silencio con un ademán:

—Bueno, ¿quién es el que se va a casar? Es mis Callahan o usted? —volviéndose a la joven, añadió—: Me parece que ha dicho usted que no.

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque quiero a Hank.

El juez abrió la boca, asombrado.

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

—¿Puedo preguntar a qué Hank se refiere?

—A mi marido.

—Que se va a casar conmigo —intervino Eva, adelantándose.

Al oír aquello, el pobre magistrado tuvo un acceso de furor.

—¡No me vuelvan más loco, que este asunto ya está bastante confuso! —gritó—. Si usted cree que está enamorada de un hombre que se llama Hank, ¿por qué canastos acepta su boda con este hombre?

—No he aceptado —explicó Tig, hecha un lío—. Dijo que debía presentarme aquí para salvar su vida.

Ante estas palabras, el boquiabierto fué Oscar.

—¿Qué dice?

—No se meta usted en esto— volvió a gruñir Cris.

El juez Allan se llevó las manos a la cabeza y luego golpeó con su maza la mesa.

—Empiezo ya a cansarme y voy a armar un escándalo. Si no he oído mal, ha dicho usted que la vida de este individuo estaba en peligro.

—Sí —afirmó Tig.

—Eso no es cierto —dijo Oscar, saliendo de su sorpresa.

La conciencia del miserable

engaño de que había sido víctima iba introduciéndose lentamente en la asombrada mente de Tig. Se daba perfecta cuenta de que acababa de librarse de un enorme peligro: el de perder a su adorado Hank para siempre. Por suerte, el lío formado por la escena inusitada que aquel ingenuo juez de las afueras presenciaba y que parecía arrancada de una disparatada novela, había dado al traste con las maquinaciones de Mac Clelland, librándola a ella de aquel estúpido complejo de compasión que quizá la hubiera llevado a contraer matrimonio con el no menos estúpido Oscar para salvarle del peligro de morir linchado por sus compatriotas. No comprendía como había podido ser tan tonta como para caer en las burdas redes del empresario, a quien sobradamente debiera conocer, a él y sus teatrales combinaciones. Desde luego, en la revolución que surgió en su espíritu, estaba dispuesta a no transigir en modo alguno a sus exigencias aunque supiera con seguridad que nunca más recuperaría a Hank, puesto que su matrimonio con Eva parecía completamente decidido. Lógicamente, no tenía más remedio que conformarse y

perder la esperanza, pero su subconsciente se revolvía de tal manera ante lo que semejaban hechos consumados que en la dura lucha interior que sostenía se aferraba a cuanto, por indefinido, pudiera constituir un leve rayo de luz entre las espesas tinieblas de la desolación. No transigiría, no transigiría...

Entonces la joven comprendió que aquello no era sino un ardid de Mac Clelland para obligarla a casarse con el actor, abusando de sus buenos sentimientos. Volviéndose a su jefe, le gritó enfurecida:

—¡Entonces mintió!

Cris se encogió de hombros como si no tuviera la menor importancia.

—No bromea —dijo, indiferente—. Dése prisa y cácase con Oscar; tengo mucho trabajo.

—¡No!

—Pero, Tig, yo la adoro... —aseguró el francés.

—¡No!

—Estoy desolado...

En aquel momento, Hank irrumpió en la sala, forcejeando con los dos policías.

—¡Basta ya! —gritó—. ¡Basta de tonterías!

El juez le miró con aire aton-

tado, pero ante la actitud de los agentes, dijo:

—¡Rafferty... Sullivan! Por favor, no insistan en despedazar a ese caballero, o voy a tener que llamarles la atención.

Los dos hombres asintieron humildemente y soltaron al joven.

—Gracias —prosiguió el magistrado—. Pero... ¿quién diablos es usted?

—Es mi marido —declaró Tig emocionada ante su presencia.

—Mucho gusto. Esta señorita que dice que es usted su marido iba a casarse con éste —señaló hacia Oscar—. ¿Para qué ha venido aquí? ¿Piensa ser el padrino?

—He venido a llevármela.

Tig dió un paso hacia él y le miró amorosamente.

—¡Ah, Hank! ¿Eso es cierto? —tuvo un gesto de decepción—. Pero no puedes...

—¿Por qué razón? —preguntó el juez.

—Porque se va a casar con esta otra: con Eva.

Hubo un tercer boquiabierto en la sala y fué Hank.

—Yo... ¿qué?

—¡Es cierto, es cierto! —gritó Mac Clelland, nervioso, vien-

MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

do que todos sus planes se venían al suelo.

—Silencio —impuso el juez. Luego, dirigiéndose a la Dama del Sol—: Señorita, ha llegado su turno: ¿con qué puede usted aumentar este lío tan importante?

—Con nada importante... excepto que la mentí, Tig.

El empresario manifestaba gesticulando su desesperación.

—¡No, no!

—¡Silencio!

—Pero, ¿y el velo de novia?— preguntó Tig.

—Un truco de los muchos míos.

Con los ojos brillantes, la muchacha se acercó a su antiguo marido y dijo dulcemente:

—Hank...

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo ahora mismo?

—¡Claro que sí!

Mac Clelland empezó de nuevo sus melodramáticos argumentos:

—Tig, no haga usted eso. Soy un pobre viejo, me quedan pocos años de vida. Esta es la última obra que escribo, su boda con

Oscar es la única posibilidad para mí de bajar a la tumba tranquilamente.

—¡Va usted a bajar a la tumba en seguida!—dijo el juez—, ¡Sullivan, Rafferty, llévense de aquí a estos tres malhechores! Quiero quedarme a solas con esta parejita... Voy a ver si desentraño bien a fondo este asunto, aunque invierta en ello lo que me queda de vida. No los pierdan de vista.

Los policías obedecieron, y cuando estuvieron solos el magistrado prosiguió:

—Está bien, joven. Señorita, ¿está usted completamente segura de que le quiero por esposo?

—Esta vez para siempre...

—Eso espero.

—¡Ah, Hank! —dijo ella, como si repentinamente recordase algo—. Antes de que nos casemos tengo una sorpresa que darte.

—¿Otra más?

—Que vamos a tener un hijo...

Dos golpes sonaron al mismo tiempo. Hank y el juez habían caído desmayados.

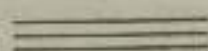
FIN

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligero
La reina mora María Arias
Reconcóncite madrileño . . . P. G. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! . . . José Baviera
Eran tres hermanas Luísa Gargallo
Bohémios Emilia Aliaga
Don Floripondio Valeriano Ladrón
Los hijos de la noche . . . Miguel Ligero

Martingala Niño Marchena
Ríptema uated Celia Gámes
Usted tiene ojos de ma-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
¡al-Alá! Inés de Val
¿Quién me compra un
un lío? Maruja Tomás
Alas de paz Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana . . . I. Argentina
El sobre sacado E. Gargallo
La Doloresa Rosita Díaz
La Millona R. de Sentmenat
Suspiros de España . . . Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los
de Aragón) M. de Diego
El estivo mondoviento . . . Lina Yegros
Rambo al Cairo Miguel Ligero
El difunto es un vivo . . . Antonio Vico
Molinos de viento Pedro Terol
La alegría de la huerta . . . Flora Santacruz
El barbero de Sevilla . . . Miguel Ligero
Maledia de arrobal . . . I. Argentina
C. Gardel

Sol de Valencia Maruja Gómes
Misterio en la Mariama . . Tony D'Algy
Rosas de otoño M. F. L. Cueva
La patria chica Estrellita Castro
La china del gato Josita Hernán
Un enredo de familia . . Mercedes Vecino
La culpa del otro Luis Prendes
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? . . . José Nieto
Una mujer en un taxi . . . Silvia Morgan
Una herencia en París . . Tony D'Algy
Emposé en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón . . . Miguel Ligero
La Parrala Maruja Tomás
Verbena Maruja Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaño . . . Amadeo Nazari

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flas de espino Gracia de Triana
Tú llegarás Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Gerona
Oroño Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en

Editorial ALAS

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Colling
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
Apuesta de amor . . . Gene Raymond
Héctor Fiesmosca . . . Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sopultada en vida . . . A. Nazzari
Defensores del crimen . . . Richard Dix
Aventura Pompador . . . Kato de Naji

Melodía rota . . . Billy Bergel
Titanes del mar . . . Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . . Ann Southern
María Ilona . . . Paula Wessoly
Poesía jamaica . . . Charles Laughton
El caso Vare . . . Clive Brook
Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . . Heinz Rühner

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los
elefantes . . . Sabú
Tú cambiarás de vida . . . M. Rodgrave
Las dos niñas de París . . . C. Bagnoni
¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover
La última avanzada . . . Cary Grant
Vacaciones juez Harvey . . . Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión . . . Ann Harding
Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche . . . Edmund Lowe
Alarma en el expreso . . . M. Rodgrave
Crimen de medianoche . . . Ramón Pereda
El signo de la Cruz . . . Fredric March
El asesino invisible . . . Walter Abel
Los dos pilotes . . . Jacques Teyssie
Pygmalion . . . Leslie Howard
María Estuardo . . . Kath. Hepburn
Cuidado con lo que haces . . . Michael Redgrave
Por la dama y el honor . . . Paul Lukas
El día que me quieras . . . Carlos Gardel
El pequeño lord . . . F. Bartholomew
Tarzán de las fieras . . . Buster Crabbe
Albergue nocturno . . . Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa . . . Judy Kelly
Acusada . . . Dolores del Río
Forja de hombres . . . Mickey Rooney
Lo prefiero millonario . . . Gene Raymond
Los peligros de la gloria . . . James Cagney
La bella rebelde . . . Ann Southern
Buscando fama . . . Don Ameche
Una mujer imposible . . . Jenny Jugo
El hombre del Níger . . . Victor Francen
Extraños en luna de miel . . . Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio . . . Mickey Rooney
Príncipe dorado . . . Clark Gable
El secreto del marqués . . . Armando Falconi
Irene . . . Ana Neagle
Una hora en blanco . . . Franchot Tone
La batalla . . . Charles Boyer
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
La mujer de las dos caras . . . Greta Garbo
Luna llena . . . Jean, MacDonald
La rosa radiante . . . Joan Crawford
Cuando effense encuent. . . Melvyn Douglas
El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
Una chica se divierte . . . Joan Arthur
Una mujer endiablada . . . Lupe Vélez
El club 400 . . . George Murphy

Pedidos a **EDITORIAL «ALAS»**. - Apartado 707. - **BARCELONA**

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDES LLOVRIU
LARS MANDARINO (Tango)
ROBERTO MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «NAPLES»
IMPERIO ARGENTINA (Atas)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
MYRAMILITA CASTIG
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
SINGO

NINO DE MARCHENA
RAMPA
NINO DE UTRERA
FILARIN ARCOS
NINA DE LOS PEÑES
GUERRITA
TRIO HUAFANGO
COMO UN NUBLA
MARTA FLORES
MANOLO «EL GAFAS»
JOSE SERRA
PIPE BLANCO
CARMELO MONTES
TOMAS DE ANTIGÜERA
NINO DE AMADEN
ROMARIO LA CARTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 60 cts.

PIPE MARCHENA
PASTORA SOLER
NINO DE VELER
ANTORITA MURINO
JUANITO VARRA
CARLOS GARDEL (Homenaje a su memoria)
MANUELA DE RONDA
GRACIA DE TRIANA

CARLOS GARDEL (Inolvidables canciones)
BONET DE SAN PEDRO
NINO DEL CARRIL
CARLOS GARDEL (Selección de éxitos)
TOMAS MARCO (Jazz aragoneses)
ELANQUITA SUAREZ
MANOLO «CARACOL»
RAUL ARRIL

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDALUZA»

CANCIONES DE JAZZ-HOT
EXITOS DEL CINE AMERICANO

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
MELODIAS DE MODA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»

JAZZ-HOT, Ramón Evaristo y su Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT, Luis Duques y su Orquesta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 125 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
N. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA, JAZZ-HOT
LUIS ARACQUE, JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO, JAZZ-HOT
CANALEJAS
TINADA Y SU ORQUESTA, JAZZ

Precio: 150 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO, JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO, CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA y «LUCES DE VIENA»
JULIO GALINDO, JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPAÑA, JAZZ
GOZALBO-LLORENTE, MEXICANAS
FRANCISCO BOLUDA, JAZZ
RAUL ARRIL - BONET DE SAN PEDRO
BERNARD RULDA
MUSA ARGENTINA
SEPUVERDA - R. BOLUDA

MARIA LUISA GERONA - MARY MERRILL
y TEREITA ARCOS
UNA VOZ y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSÉ VALERO
UNA VOZ y UNA MELODIA (núm. 2)
ORQUESTA DEMOND
MARIO GABARRÓN
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASMUNANTES
RITMOS HISPANOAMERICANOS
MISURI, DE MOLINA
FRANCISCO NOVIOLTA
RAUL ARRIL

PEDIDOS a

Editorial **APAS**

Apartado 707
BARCELONA





2⁵⁰ Ptas.

442 - A. N. RETILLO